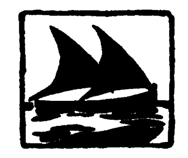


SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

FEBRERILLO EL LOCO

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID
1919

FEBRERILLO EL LOCO

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

FEBRERILLO EL LOCO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro de Lara el 28 de octubre de 1919



MADRID
1919

MADRID —Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

AL SEÑOR

DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

CORAZÓN GENEROSO

Y ESPÍRITU ELEVADO Y FECUNDO,

CON ADMIRACIÓN Y GRATITUD

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURELIA.....................	MARÍA PALOU.
DOÑA MÍNIMA...............	LEOCADIA ALBA.
FLORENCIA..................	HORTENSIA GELABERT.
LAURA........................	ISABEL FAURE.
REMIGIA..	ELISA MÉNDEZ.
TIRSO.........................	EMILIO THUILLIER.
GUZMÁN ARAUJO....	LUIS MANRIQUE.
DON ALBINO DE JUAN......	SALVADOR MORA.
DON ROQUE.................	ALFONSO M. DE TUDELA.
HONORITO...................	JOSÉ BALAGUER.

ACTO PRIMERO

Salita en casa de doña Mínima Oria, viuda de don Estanislao Febrero, en Madrid. Puerta al foro, que conduce a las habitaciones interiores, y otra a la izquierda del actor, que da al recibimiento. A la derecha, un balcón. Sillería de caoba, tapizada de damasco o de yute; mesa-camilla, con falda y tapete de terciopelo; sobre una consola, dos floreros y un reloj cubiertos con fanales; alfombra de moqueta; cortinas adecuadas a la sillería; una gran araña de cristal en el centro del techo, y en la pared, revestida de papel oscuro, dos retratos al óleo que representan, a lo que rezan los letreros que llevan al pie, a Santa Ana y a San Pablo. Por la habitación y por los muebles han pasado cuarenta años, fecha del casamiento de la señora; pero es menester decirlo para que se crea, según se conserva todo ello. En la actualidad viven en la casa suegra y nuera, y, para que todo sea sorprendente, se llevan bien.
Es al anochecer de un domingo de Carnaval. La araña está ya encendida.

Doña Mínima, sentada a la camilla, hace solitarios; Florencia, su nuera, escribe una carta Doña Mínima pasa un poco de los sesenta años y viste de negro; Florencia no llega a la mitad, y es bella y discreta.

DOÑA MÍNIMA. Nada, no me sale. ¡Pues no ha de poder más que yo!

FLORENCIA. ¿Qué?

DOÑA MÍNIMA. El solitario que me ha enseñado don Albino, que no me sale nunca. Se me ha atravesado.

Pausa.

Florencia. ¿Quiere usted algo para la mona?

Doña Mínima. Mándale un beso de la abuela.

Florencia. Ya le mando un millar.

Doña Mínima. Pues dile que así que pase el Carnaval iremos a verla al colegio una tarde.

Florencia. También se lo digo. Iremos el día de su cumpleaños: de hoy domingo, en ocho.

Doña Mínima. ¿Cuántos cumple ya Anita?

Florencia. ¡Ay! ¡No me obligue usted a recordarlo!

Doña Mínima. ¿Doce?

Florencia. ¡Trece!

Doña Mínima. ¿Te molesta la cifra?

Florencia. No, señora, no: la cifra me es igual. Me molesta que no sean cinco en vez de trece.

Doña Mínima. ¡Ah, claro!

Florencia. Viviría mi marido.

Doña Mínima. ¡Pobre hijo de mi alma! Y tú tendrías ocho años menos.

Florencia. ¡Friolera!

Doña Mínima. Bien dice don Albino que el tiempo es el único reloj que no se para nunca. Esta noche he soñado yo con don Albino.

Por la puerta de la izquierda sale Remigia, criada de la casa; moza tan feliz desde que se fué de su pueblo, Loeches, y dejó de ver a su familia, la del tío Terrones, que está siempre con la sonrisa en el semblante.

Remigia. Ahí está don Roque.

Florencia. Mira, a tiempo llegas. Baja en un momento y echa esta carta en el estanco de la esquina.

Remigia. O en un tranvía, ¿no?

Florencia. Es igual.

Remigia. El tranvía la lleva más pronto. *Se va con la carta y con la sonrisa.*

FLORENCIA. ¡Qué servicial es esta chica!

DOÑA MÍNIMA. Mucho. ¡Y qué contenta está ella en Madrid! No se la ve sino risueña. Ha de decirte que ha roto dos platos, y te lo dice con cara de Pascuas.

Sale don Roque por la misma puerta que Remigia. Es un cincuentón, egoísta redomado. Usa gorro.

DON ROQUE. Hola.

DOÑA MÍNIMA. Hola.

FLORENCIA. Hola, tío Roque.

DOÑA MÍNIMA. ¿Fuiste tú quien llamó antes con los nudillos en la pared del comedor?

DON ROQUE. Sí; yo fuí. Para que pasaras a casa si no estabas entretenida en algo.

DOÑA MÍNIMA. Pues iba a pasar, a ver qué querías; pero se me fué el santo al cielo.

DON ROQUE. ¡Qué más da, boba! No era nada urgente.

FLORENCIA. Está usted muy contento, ¿verdad?

DON ROQUE. Lo estoy; lo estoy. ¿Me sale a la cara?

FLORENCIA. Le sale a usted, sí.

DON ROQUE. Estoy, estoy contento. ¡Ya podía no estarlo! Para un padre, ¿cabe mayor satisfacción que tener una hija y casarla a gusto?

DOÑA MÍNIMA. ¿A gusto del padre?

DON ROQUE. ¡Por supuesto! ¡A gusto del padre! Para un padre... Estoy contento; muy contento. Me gusta el novio... me gusta la posición del novio... me gusta la familia del novio... Estoy contento. Y a propósito de mi contento quería yo hablarte, Mínima.

DOÑA MÍNIMA ¿Ah, sí?

DON ROQUE. Para eso te llamaba.

DOÑA MÍNIMA. ¿Pues?

DON ROQUE. Como hoy ha sido el paso oficial

de pedir a Aurelia, y como Honorito vendrá de aquí a poco, y vendrá don Albino, por de contado, ¿qué te parece a ti si *remojáramos* la cosa?

DOÑA MÍNIMA. Muy bien; me parece muy bien.

DON ROQUE. ¿Y a ti, sobrina?

FLORENCIA. A mí, también; me parece muy natural.

DON ROQUE. Nada de locuras ni de exageraciones... Unos emparedados, unas pastas, unas copitas de jerez... ¡Que no pase la fecha en blanco!

DOÑA MÍNIMA. Bueno; sí.

DON ROQUE. Y aquí mejor que ahí en mi casa, ¿no encuentras?

DOÑA MÍNIMA. Donde tú dispongas, ya que tú eres el padre y estás tan contento.

DON ROQUE. Creo que lo estamos todos.

DOÑA MÍNIMA. Sí, hombre, sí, claro; estándolo tú...

DON ROQUE. Pues aquí, aquí lo celebraremos desde luego. Aquí, en rigor, es donde hacemos siempre la tertulia; mi hija casi vive aquí más que ahí; aquí la conoció su novio...

DOÑA MÍNIMA. Aquí, aquí; no hay que dudarlo ni un segundo.

DON ROQUE. Entonces queda todo ello a tu elección, ¿eh, Mínima?... a vuestra elección, ¿eh, Florencia? Las mujeres para estas cosas sois las únicas. Ya digo: unos emparedados, unas pastas, jerez fino de ese que yo prefiero... A vuestra elección.

DOÑA MÍNIMA. Pierde cuidado, hombre.

DON ROQUE. Estoy contento; estoy contento; contentísimo.

Vuelve Remigia por la misma puerta, con otro anuncio.

REMIGIA. Ahí está el médico.

DON ROQUE. ¿Qué?

REMIGIA. Que ahí está el médico.

DON ROQUE. Pues ¿quién hay malo en esta casa?

DOÑA MÍNIMA. Malo, nadie; los nervios de ésta...

FLORENCIA. Hoy, sin embargo, no lo he llamado yo. Pero dile que pase, Remigia.

REMIGIA. Sí, señora. *Se marcha.*

DON ROQUE. Detesto a los médicos; y detesto muy especialmente a los médicos que viven en la propia casa, arriba o abajo. Con el aquel de que están cerca, se les avisa a cada triquete; y aunque no se les avise, vienen ellos, como sucede ahora; y abusan de la vecindad.

FLORENCIA. No, pues este muchacho no abusa.

DON ROQUE. Todo el que puede abusar, abusa; es lo humano. Y ya que ha venido, le voy a sacar yo dos recetas que me hacen falta. Hasta ahora. ¡Bien, hombre, bien! Estoy contento; estoy contento.

Vase.

DOÑA MÍNIMA. *A Florencia.* Todo el que puede abusar, abusa; es lo humano.

FLORENCIA. Está contento.

DOÑA MÍNIMA. Sí; está contento. Va a casar a su hija a gusto de él... y yo convido al padrino y al novio. Está contento. ¿Lo hay más egoísta? En este Roque se afinó la casta de los Febreros. Y cuidado que mi marido fué de caballería. Pero el hermanito es de artillería de montaña. No, y el mismo Juan, tu esposo—yo, porque fuera hijo mío, no me ciego,—también tenía bemoles.

FLORENCIA. Juan era otra cosa: un poco terco, reservado... pero no dejaba de ser generoso.

DOÑA MÍNIMA. ¡La sangre mía que llevaba en las venas!... Sin embargo, le tiraba más la del padre. Ahora, que ni con Estanislao, ni con éste, ni con ninguno, he discutido yo jamás. Ha sido mi táctica: punto en boca. Que me dicen que vuelan los bueyes:

¡vuelan! Punto en boca. ¡Son muchos Febreros! Valen por todo el año.

Asoma en la puerta de la izquierda Guzmán Araujo, el anunciado médico. Es joven, fino, afectuoso, cordial.

GUZMÁN. ¿Se puede, señoras?

DOÑA MÍNIMA. Adelante.

GUZMÁN. ¿Qué tal, doña Mínima? ¿Qué tal, Florencia?

DOÑA MÍNIMA. Vamos pasando bien.

FLORENCIA. Sí; no podemos quejarnos.

DOÑA MÍNIMA. Lo dejo a usted con su enferma... de vicio. Yo, doctor, como nunca he sabido lo que es eso de los nervios de punta... ¡Los pelos de punta sí se me han puesto algunas veces!

GUZMÁN. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MÍNIMA. ¡Estoy contenta! Voy a mandar por emparedados, pastas y jerez. A mi elección, es claro. ¡Estoy contenta! *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

GUZMÁN. ¡Qué humor el de esta doña Mínima!

FLORENCIA. Es notable. Siempre diciendo que se lo calla todo... y no se calla nada. Siéntese usted.

GUZMÁN. Al bajar de casa recordé que ayer andaba usted alteradilla, y me dije: voy a entrar un momento a verla.

FLORENCIA. Muchas gracias. Ya por de pronto ha aprovechado la visita el tío Roque, ¿no?

GUZMÁN. Ah, sí. Me ha pedido un par de recetas. Lo que da uno. Siempre que me ve hace lo mismo.

FLORENCIA. Discúlpelo usted.

GUZMÁN. ¿Quién se ocupa de eso? Ni crea usted que es él solo el que tiene médico a salto de mata. Yo tengo muchos clientes en el tranvía.

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja! ¿Va usted ahora a las máscaras?

GUZMÁN. ¡No, por Dios! Precisamente he estado aguardando a que oscurezca para salir.

FLORENCIA. Pues ¿no es usted el médico que receta las diversiones?

GUZMÁN. A quien las necesita, sí; pero diversiones a cara descubierta.

FLORENCIA. A mí tampoco me agradan las máscaras. Y no es de ahora: ni en mis quince.

GUZMÁN. Total, hace seis años.

FLORENCIA. Lo que usted quiera.

GUZMÁN. Conque, ¿cómo va ese valor?

FLORENCIA. El valor, bien. Nunca me ha flaqueado. Ya le he dicho a usted otra vez que no soy cobarde.

GUZMÁN. Sí, pero no basta que usted lo diga. Ayer lo fué usted, sin ir más lejos.

FLORENCIA. ¿Por qué?

GUZMÁN. Porque hubo lágrimas.

FLORENCIA. Las lágrimas son siempre un consuelo, Guzmán.

GUZMÁN. Pero nacen generalmente de un desconsuelo, Florencia. Bien venidas sean, cuando vienen; pero es menester evitarlas.

FLORENCIA. Eso sí. Yo tan pronto lloro como río.

GUZMÁN. Pues tampoco es sano reír sin fundamento.

FLORENCIA. ¡Ay, amigo Araujo! Crea usted que algunas veces, con tal de reír...

GUZMÁN. Ya dimos en la llaga: está usted triste.

FLORENCIA. Lo estoy. No sé por qué, y sí sé por qué; pero estoy triste. Compadézcame usted en serio.

GUZMÁN. Lo que quiero es curarla. Esa cura de la compasión es enfermiza. Por lo mismo que de lo que padece usted es del espíritu.

FLORENCIA. Sí; salud de la otra sí tengo, a Dios gracias.

GUZMÁN. He aquí una paradoja, ¿ve usted? Su propia salud es su enfermedad.

FLORENCIA. No...

GUZMÁN. Sí. Y es preciso que no lo sea. Hay que cambiar de vida, Florencia; hay que darle al alma algo de lo que pide: recreo, libertad... horizonte... No pasea usted nunca... Madrid está espléndido, lleno de gracia, de alegría... Tampoco va usted nunca al teatro...

FLORENCIA. ¡Quién habla en esta casa del teatro!

GUZMÁN. ¡Pues hay que hablar! Hay que sacudir el aburrimiento, la atrofia mortal de estas horas ociosas que pasa usted... Una amiga, un libro...

FLORENCIA. ¡Libros aquí!

GUZMÁN. ¡Libros aquí! La gente vulgar que desdeña los libros no sabe lo que pierde. ¡Son unos amigos tan leales!... Siempre pagan bien. Yo le voy a mandar a usted unos pocos: versos, viajes, novelas...

FLORENCIA. Novelas ya hago yo algunas por las noches.

GUZMÁN. ¡Escríbalas usted!

FLORENCIA. Si supiera escribir... Pero no le escribo más que a mi chica, y en la última carta que he recibido de ella me corrige dos faltas de ortografía.

GUZMÁN. No está mal. ¡Terrible maestra! Acaso debiera usted empezar por sacar a la nena del colegio y traérsela consigo.

FLORENCIA. Todavía es pronto. Allí está mejor. Prefiero este sacrificio de no tenerla al lado.

GUZMÁN. Sí; ya comprendo... Esta casa, la casa de junto... *Reservadamente.* ¡Qué mal hace usted en vivir con ellos!...

FLORENCIA. ¡Ah! Al morir mi marido así lo acordaron... Mi ánimo, entonces, no estaba para reflexionar ni para resolver libremente... Don Roque se eri-

gió en mi padre, en mi administrador... yo dejé hacer a todos... y aquí estoy. No; y me llevo bien con mi suegra.

GUZMÁN. Pues, con todo, ese es el origen del mal. Viviendo con la madre del que fué su marido...

FLORENCIA. Deje usted eso.

GUZMÁN. Déjeme usted que no lo deje. Viviendo con ella, insensiblemente se habitúa usted a no pensar siquiera en algo que por su juventud y por su belleza parece que la reclama a usted.

FLORENCIA. ¡Oh! ¡Qué disparate!

GUZMÁN. ¿Disparate?

FLORENCIA. La mujer viuda que piensa en nuevo matrimonio es... ¡No quiera usted saber lo que es! Oiga usted a don Roque.

GUZMÁN. Dios me libre. Ya hago bastante con no cobrarle las recetas. ¡Estaba por envenenarlo en unas píldoras!

FLORENCIA. Tanto, no.

GUZMÁN. Ah, pues lo merece. La pena del talión es muy justa; y él a todos ustedes les envenena el aire.

FLORENCIA. Ahí viene su hija.

GUZMÁN. ¿Aurelia?

FLORENCIA. Sí; la he sentido.

GUZMÁN. ¡Buen oído tiene usted! Porque a Aurelia no se la siente. Yo le llamo la mujer sin ruido. Parece una monja.

FLORENCIA. Lo es casi.

GUZMÁN. Una monja que se va a casar.

FLORENCIA. Sí.

La expresión del médico cambia súbitamente. Luego pregunta:

GUZMÁN. Diga usted: ¿es cierto que la han pedido hoy?

FLORENCIA. Sí; esta mañana.

Breve pausa. Por la puerta de la izquierda llega Aurelia. El médico la ha pintado bien. Silenciosa y humilde, sencilla y suave, tiene, en efecto, aire monjil, sin asomo de afectación ni de hipocresía. Peina su cabello en dos crenchas iguales, y viste con modestia, al gusto casero. Si no le preguntan, rara vez habla; como si se creyera siempre delante de reyes.

AURELIA. Muy buenas tardes, Araujo.

GUZMÁN. Buenas tardes, Aurelia. ¿Cómo está usted?

AURELIA. Bien, ¿y usted?

GUZMÁN. Bien. Trabajando mucho. A su padre de usted lo he saludado hace un instante.

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. ¿Se lo ha dicho a usted?

AURELIA. No; pero me dió una receta, y supuse...

FLORENCIA. ¿Una nada más?

AURELIA. Nada más.

FLORENCIA. Pues Guzmán le ha entregado dos.

AURELIA. No sé... Puede que la otra sea para su escribiente, que padece del hígado.

GUZMÁN. ¡Desde luego! En una hay ruibarbo. ¡Es para el escribiente!

FLORENCIA. Padece del hígado, sí.

Silencio. Guzmán mira siempre a Aurelia con simpatía.

GUZMÁN. ¿Qué hay de nuevo, Aurelia?

AURELIA. Nada de particular.

FLORENCIA. ¡Mujer!

GUZMÁN. ¿Nada de particular?

AURELIA. Nada.

GUZMÁN. *Dirigiéndose a Florencia.* Pues no eran esas mis noticias.

AURELIA. ¿A qué se refiere?

FLORENCIA. ¿A qué ha de ser? ¡Al suceso del día! ¿Estás en Babia?

AURELIA. ¡Ah, ya! Estoy en Babia, efectivamente. Le contesté a usted sin pensar...

GUZMÁN. Ya me pareció a mí...

AURELIA. Después de todo, dije lo que debía: nada de particular... Una cosa así, que ya se sabe y ya se espera, no es nada de particular...

Silencio otra vez. Los tres reflexionan un punto. Guzmán varía luego el rumbo de la conversación.

GUZMÁN. Pues yo, aquí, luchando con mi enferma sana.

AURELIA. Verdaderamente: la enferma sana es.

FLORENCIA. Se ha empeñado en curarme con imposibles.

GUZMÁN. Muy al contrario: le aconsejo que cambie de vida...

FLORENCIA. Un imposible.

GUZMÁN. Que pasee, que lea, que vaya al teatro, que viaje...

FLORENCIA. Imposible, imposible...

GUZMÁN. Que se enamore nuevamente...

AURELIA. ¡Imposible!

FLORENCIA. ¿Usted oye?

GUZMÁN. Lo que es imposible, amigas mías, es estrangular una vida a los treinta años. Imposible y opuesto a la naturaleza. Abra usted las ventanas de su corazón, y deje usted que entren por ellas el sol, el agua, el aire, los pájaros... ¡Y el amor con ellos! Aprovéchese usted de que estamos en febrerillo el loco, mes que hace girar como ninguno la rosa de los vientos. *A Aurelia, en quien advierte la intención de hablar.* ¿Qué iba usted a decir?

AURELIA. *Arrepintiéndose.* No... nada... Siga usted.

GUZMÁN. Por hoy ya no digo una palabra más sobre el caso.

Viene Remigia de la izquierda, por la puerta del foro.

REMIGIA. Señorita Florencia.

FLORENCIA. ¿Qué quieres?

REMIGIA. Me ha dicho la señora que vaya usted al comedor un momento, con permiso de este señor.

FLORENCIA. Dile que ya voy.

REMIGIA. *A Aurelia, sin dejar su cara de júbilo.* Señorita Aurelia: el jerez no he podido traerlo del que le gusta a su papá, porque está cerrada la tienda, porque se ha muerto el amo.

AURELIA. Bien, bien; anda allá dentro.

Se retira Remigia.

GUZMÁN. Y usted, Florencia, no se detenga aquí por mí. Me voy ya.

FLORENCIA. Adiós, entonces. Y mil gracias por su interés.

GUZMÁN. Démelas usted cuando me haga algún caso.

FLORENCIA. *Sonriéndole melancólicamente.* Imposible. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

GUZMÁN. Adiós, Aurelia.

AURELIA. Adiós, Araujo.

GUZMÁN. *Fijándose en la pulsera de Aurelia cuando le da la mano.* ¿Es esta la pulsera... quizás?

AURELIA. ¿Qué?

GUZMÁN. La pulsera... del día de hoy.

AURELIA. Sí; ésta es.

GUZMÁN. No había reparado hasta ahora.

AURELIA. ¿Le gusta?

GUZMÁN. Mucho. Como elegida por su novio.

AURELIA. ¿Qué me quiere decir?

GUZMÁN. Que es hombre de gusto bien demostrado.

AURELIA. Pues se equivoca usted, porque no la ha elegido Honorito.

GUZMÁN. ¿No? ¿Quién ha sido, entonces?

AURELIA. Su tío: don Albino.

GUZMÁN. *Con ligera zumba.* ¡Ah, don Albino!... Debí figurármelo. En fin, Aurelia, muchas felicidades.

AURELIA. Gracias.

GUZMÁN. Ya tiene usted dueño.

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. Adiós. *Le da nuevamente la mano.*

En este instante aparece por la puerta de la izquierda doña Mínima.

DOÑA MÍNIMA. ¿También está usted pulsando a ésta?

GUZMÁN. *Riendose.* No, doña Mínima; es que me despido.

DOÑA MÍNIMA. Ya lo sé. Vengo a decirle a usted adiós. Ha sido visita de médico.

GUZMÁN. De vecino. Me son muy simpáticas las vecinas del principal.

DOÑA MÍNIMA. ¿Derecha?

GUZMÁN. E izquierda.

DOÑA MÍNIMA. Pues también me han dicho que se lo son a usted las del segundo. Derecha e izquierda también.

GUZMÁN. Según el alcance que le hayan dado a la referencia.

DOÑA MÍNIMA. Ya, ya. Cuidadito ahora, no vaya usted a caerse de espaldas.

GUZMÁN. ¿Cómo?

DOÑA MÍNIMA. Usted verá. *Se asoma a la puerta de la izquierda y dice:* Laura, pase usted.

Y pasa Laura, la cual es una lindísima criatura, modista de oficio. Viene salpicada de papelillos de colores. Tiene clara conciencia de su belleza, de la que espera mucho en la vida. Coquetea con el aire.

LAURA. Buenas tardes. Digo, ya, casi buenas noches.

AURELIA. Buenas noches.

GUZMÁN. Buenas noches.

Doña Mínima. ¿Qué tal, amiguito?

Guzmán. Que si no me previene usted, doy el espectáculo.

Laura ha comprendido que se alude a ella, y se esponja de gozo.

Doña Mínima. ¡Je!

Guzmán. Adiós; buenas noches. *Se marcha.*

Doña Mínima. Adiós.

Aurelia. Adiós. *Quédase abstraída.*

Laura. Buenas noches. ¿Este caballero — usted disimule la curiosidad — es el conde del Cisne?

Doña Mínima. No. Es un médico que vive en el primero: don Guzmán Araujo.

Laura. Ah, sí; lo he oído celebrar. Es muy sonado ahora. Pero no me lo figuré tan joven.

Doña Mínima. Dicen que vale. Es especialista en enfermedades nerviosas... sobre todo de la mujer. Es fino, elegante, les echa piropos... En fin, él pone nerviosas a las clientes, y luego las cura.

Laura. Tiene muy buen tipo.

Doña Mínima. Aurelia. *Ésta no la oye.* ¡Aurelia! ¿Estás embalsamada?

Aurelia ¿Eh?

Doña Mínima. ¿Tú sabes quién es esta señorita?

Aurelia. ¿La modista, quizás?

Laura. Para servir a usted: Laura Calpini.

Aurelia. Muchas gracias.

Doña Mínima. ¿Vamos a ver aquellos trapos?

Aurelia. Véalos usted con ella, tía Mínima, y elijan ustedes lo que les agrade, y haga usted lo que quiera. Yo no entiendo de eso. Me voy allá dentro con Florencia. Adiós, señorita. *Vase por la puerta del foro.*

Laura. Vaya usted con Dios.

Doña Mínima. ¡Bueno! ¡Parece que soy yo la que va a casarse!

LAURA. Ah, ¿esa señorita es la que va a tomar estado?

DOÑA MÍNIMA. Sí, hija mía; ésa es. ¿Lo disimula, nó es verdad? ¡Pues hoy la han pedido!

LAURA ¡Qué raro que no esté más alegre! Porque yo creo que si hay día feliz para una mujer, después del de la boda, digo, antes, es el día en que la piden a una. ¡Jesús, cómo me pondría yo si a mí me pidieran! En fin, rarezas, caracteres... De todo ha de haber en la vida. ¿Es joven el novio?

DOÑA MÍNIMA Veinticinco años.

LAURA. ¿Y rico?

DOÑA MÍNIMA. Rico. Y lo que será con el tiempo. Porque es hijo único, sobrino único, ahijado único, primo único... Recogerá, recogerá cuartos de muchas alcancías.

LAURA. Ahora lo entiendo menos. Y la novia, ¿es sobrina de usted?

DOÑA MÍNIMA. Sobrina política; hija de un hermano de mi marido, que vive ahí junto. Pero usted vendrá a coser aquí; a mi casa. En la de mi cuñado parece que no hay sitio. El cuarto es igual que éste, y ellos son dos y dos criadas, como nosotras; pero ahí no hay sitio. Lo que usted decía: caracteres.

LAURA. Las cosas y las casas, como dice mi padre.

DOÑA MÍNIMA. Pero yo, de esto, ni chistar. ¡Bonito es mi cuñado! Y vamos a lo de la boda.

LAURA Estoy a las órdenes de usted.

DOÑA MÍNIMA. Pues verá usted, joven: yo tengo allá en mi cómoda, de cuando me casé—¡que ya ha llovido!— una colección de blondas de seda, de encajes de hilo, de retales de holanda finísima, de cintas, de chales, de terciopelos, de ¡qué sé yo!... Y se me ha ocurrido ver si con algo de ello, o con todo, se le pueden aviar algunas galas a esta muñeca que

va a casarse. Porque, ¿qué hacen allí ya aquellos trapos muertos de risa... como no sea reírse de mi vejez?

LAURA. Sí, señora; sí: de seguro que podremos sacar mucho partido.

DOÑA MÍNIMA. Pues ande usted, vamos allá. A ver si la sorprendemos con alguna cosa.

LAURA. Yo me esforzaré; discurriré imposibles, si hace falta.

DOÑA MÍNIMA. Deje usted aquí el paraguas y el bolso. ¿Llovía ahora?

LAURA. No, señora; pero está el aire muy revuelto.

DOÑA MÍNIMA. ¡Buena la han puesto a usted de papelillos!

LAURA. Pues ya ve usted: de mi casa aquí he venido derecha. Pero los hombres... Y no es que una los llame, no; es que se acercan ellos. Y, en estos días, todo el mundo abusa.

DOÑA MÍNIMA. Es lo humano. Venga usted por aquí.

LAURA. Por donde usted me mande.

Se van hacia la derecha por la puerta del foro.

Por la de la izquierda vuelve don Roque, acompañando al ya nombrado don Albino, persona adinerada, simpática, bien hablada y correcta, pero esencialmente vulgar. Tiene el prurito de la observación. Goza en esta casa y dondequiera de autoridad omnímoda, porque si no gozara de ella no podría respirar. Don Roque lo adula cuidadosamente.

DON ROQUE. Pase usted, don Albino; pase usted. Entra usted en su casa; ¡en una de sus casas!

DON ALBINO. Gracias, mi querido don Roque. Está esto muy bien templadito.

DON ROQUE. Sí que está agradable.

DON ALBINO. Con este tibio calor del clásico bra-

sero, que yo—la civilización me perdone—prefiero siempre a la calefacción de vapor.

DON ROQUE. ¡Dónde va a parar una cosa con otra!

DON ALBINO. ¡A mí la calefacción de vapor me produce dolor de cabeza! ¿Querrá usted creerlo?

DON ROQUE. Y a mí. Y me enfría los pies.

DON ALBINO. A mí eso, no.

DON ROQUE. Pues a mí, sí. Siéntese usted, que se ha fatigado un poco de la escalera. ¡Estas casas del Madrid viejo no tienen ascensor!

DON ALBINO. Ni falta, don Roque; ni falta.

DON ROQUE. Ni falta; dice usted muy bien.

DON ALBINO. ¡Yo no utilizo nunca el ascensor! Además, ¿no ha observado usted que el peligro de las escaleras no está en subirlas, sino en bajarlas?

DON ROQUE. ¡Sí, sí; es verdad! ¡Eso es verdad!

DON ALBINO. Como en la vida, amigo: bajar es lo grave, y no subir.

DON ROQUE. Asomó el pensador.

DON ALBINO. ¡Bah!... *Halagado en su vanidad, hace su gesto característico en estas ocasiones, el cual consiste en fruncir la boca y dilatar la nariz, aspirando por ella entonces todo el aire que puede.* ¿Qué perfume hay aquí, don Roque? ¿No huele usted?

DON ROQUE. Sí; no es de casa; esté usted tranquilo. Será, tal vez, del mediquito de ahí arriba, que se perfuma como una tiple, y ha venido hace rato.

DON ALBINO. Ya. Pero ¿y las señoras? ¿Dónde se han metido las señoras?

DON ROQUE. Probablemente andarán por el comedor, disponiendo ese agasajillo...

DON ALBINO. ¡Ah, sí! ¡Bravo, bravo!

DON ROQUE. ¡Hay que levantar las copas en familia por la juventud!

DON ALBINO. ¡Bravo, bravo! Yo estoy, si cabe,

más contento que usted, don Roque. Quiero yo a ese diablo de Honorio, no como sobrino, sino como hijo. Y es muy natural. Guadalupe y yo no hemos tenido descendencia; los padres de él no tienen más hijo que ése, y lo han confiado a nuestro cariño desde que era así. Mucho más tiempo ha vivido Honorito con nosotros aquí, que allá en el rincón provinciano con ellos. Mi mujer lo adora; yo he puesto en él mis cinco sentidos. Porque el muchacho lo merece, además. ¡Qué bueno! ¡qué dócil! ¡qué estudioso! Usted lo sabe. Ya conoce usted el dicho mío, en que lo pinto usando del chiste a la moda: Honorio es... el *honorio* de la familia.

Don Roque. ¡Justo! ¡Justo! ¡El *honorio* de la familia! ¡Está muy bien!

Don Albino. Pero ese muchacho de veinticinco años, con dos carreras—que no le van a servir para nada, pero que las tiene,— carece de toda picardía: es un angelote. Hay que darle las cosas hechas. Y ¡claro es! inocentón y con dinero... usted imagine los abismos que le rodeaban.

Don Roque. Al lado de usted, no.

Don Albino. La juventud es juventud, don Roque. Yo bendigo el día en que conocí a Aurelia y pensé en ella para mi sobrino.

Don Roque. Me honra usted con esas palabras.

Don Albino. Pues han salido de mi corazón. Aurelia, como vulgarmente se dice, es un ángel, un tesoro de candor y de castidad. Un ángel.

Don Roque. Gracias, gracias.

Don Albino. Y, además, preciosa. *Riéndose de antemano de su ocurrencia.* En fin, mi celoso administrador, no le digo a usted más: si llego yo a encontrármela en mis verdes abriles...

Don Roque. *Complaciéndose en adivinarlo.* ¡Es usted el que se casa con ella!

DON ALBINO. *Echando el resto.* ¡Y no me caso con mi mujer! ¡Ja, ja, ja!

DON ROQUE. ¡Ja, ja, ja! Asomó el satírico.

DON ALBINO. *Como si descubriera el Nuevo Mundo.* ¿No ha observado usted que siempre que hay alguna víctima nos reímos todos?

DON ROQUE. ¡Sí, señor; es lo humano!

DON ALBINO. Como cuando la gente pone ejemplos, que siempre le adjudica al prójimo la parte fastidiosa y se queda con la agradable.

DON ROQUE. *Obligándolo a lucirse.* No entiendo del todo.

DON ALBINO. Sí, hombre. «Que *te* embarcas y *te* vas a pique; que *te* casas y *te* la pega tu mujer; que *te* dan las viruelas...» Y en cambio: «Que *me* toca la lotería; que *me* cae del cielo una herencia; que *me* convidan a almorzar...» Etcétera, etcétera. ¡Ja, ja, ja! Hasta en hipótesis, al prójimo contra una esquina.

DON ROQUE. Es lo humano.

DON ALBINO. *A Aurelia, que llega a punto por la puerta del foro.* ¡Aurelita! ¡Dichosos los ojos que vuelven a verte!

AURELIA. Hola, don Albino.

DON ALBINO. Tiene usted una hija, don Roque, que supera siempre, en presencia, a la evocación imaginativa, en ausencia. Esto es: lo real vence con ella a lo ideal.

DON ROQUE. ¡Cómo habla este hombre!

AURELIA. ¡Por Dios, don Albino, no me abochorne usted!

DON ALBINO. ¡Ya le subió el pavo!

AURELIA. ¿No ha de subirme? Yo no soy más que una pobre muchacha... del montón; calladita, vulgar. A mí no se me siente. Y eso quiero. Yo no tengo nada de extraordinario. Es usted quien lo pone en mí cuando me mira. Me adorna usted

con sus ojos, con su pensamiento, con su cariño.

Don Roque. ¡Cómo escucha!

Don Albino. ¿Eh?

Don Roque. ¡Cómo escucha usted, don Albino!

Don Albino. Según lo que escuche. A las veces es más difícil escuchar que hablar.

Don Roque. ¡Qué cosas me ha dicho de ti!... Se me llenaron los ojos de agua.

Don Albino. No le he dicho, en resumen, sino que soy un casi padre, casi suegro y casi enamorado tuyo. *Acariciándola.* ¡Feúcha!

Don Roque. *Lo mismo.* ¡Bobilla! Mereces la suerte que tienes.

Don Albino. Verdad.

Salen por la puerta del foro doña Mínima y Laura.

Laura. Pues entonces, hasta mañana a las nueve, ¿no?

Doña Mínima. Eso es.

Laura. Buenas noches.

Don Albino. Buenas noches.

Don Roque. Buenas noches.

Laura. *Cogiendo su bolso y su paraguas.* Con permiso. Muy buenas noches.

Don Albino. Muy buenas noches.

Don Roque. Muy buenas noches.

Aurelia. Vaya usted con Dios.

Se va Laura por la puerta de la izquierda. La sigue doña Mínima. A los dos hombres les ha causado la costurerita gran impresión. Aurelia se ha sentado aparte, junto a la camilla.

Don Albino. Ésta lo ha dicho: ¡vaya usted con Dios!

Don Roque. Sí; ésta lo ha dicho. ¡Guapa moza!

Don Albino. «Buenas noches... Muy buenas noches...» Nos ha dejado... ¡a buenas noches!

Don Roque. ¡Ja, ja, ja!

Don Albino. *A don Roque, picarescamente.* ¡Y era ella la del perfume!

Don Roque. ¡Ella era!

Don Albino. ¡Y usted se lo atribuyó al mediquito! ¡Qué guapa es la muchacha! ¿Quién es?

Don Roque. Supongo que una modistilla... *A doña Mínima, que torna.* Oye, Mínima, ¿esa joven es la costurera que esperábamos?

Doña Mínima. Sí.

Don Albino. ¡Muy guapa!

Don Roque. ¡Muy guapa!

Doña Mínima. Y parece dispuesta. Un poquito intrépida, quizás. Me la manda Adelaida Saráchaga. Está educadita: es hija de familia venida a menos.

Don Albino. ¡Todas las familias venidas a menos tienen chicas guapas! ¡Ja, ja, ja!

Doña Mínima. Y que lo diga usted. Éstas son seis hermanas preciosas. Al padre, un mixto de catalán y de italiano, le entró la manía de establecer en muchas poblaciones grandes hoteles, y se arruinó.

Don Roque. *Relamiéndose.* ¿Y qué has convenido con la chica, que desde mañana vaya a casa?

Doña Mínima. *Saliéndole al encuentro.* ¡No, que venga aquí! ¡En tu casa no hay sitio! Ya tratamos de ese particular.

Don Roque. ¡Bien, bien, bien!

Doña Mínima. *Señalándoles a Aurelia.* Mirad aquélla: ¡parece que se ha quedado viuda!

Don Albino. ¡Ah, doña Mínima; esa preocupación y esa gravedad también la honran!

Don Roque. ¡Eso mismo iba yo a decir!

Doña Mínima. Bueno; pues en el comedor nos esperan las copas y los dulces. ¿Vamos?

Don Roque. ¡Así que venga el héroe, mujer!

Doña Mínima. ¿Quién, Honorito? ¡Si ya está ahí!

Ha llegado ahora. Sólo que está dejando en el perchero una porción de trastos: el paraguas, la bufanda, los chanclos, el abrigo... Se cuida, se cuida.

Don Roque. ¡Hace bien!

Don Albino. ¡Bien hace! Este febrerillo es muy traidor.

Aparece Honorito, el feliz mortal elegido por su padrino para casarse con Aurelia. Es hombre a quien todo le sonríe en la vida; pero él no se entera de nada.

Honorito. Santas y buenas noches.

Don Albino. ¡Hola, buena pieza!

Don Roque. Hola, hijito.

Honorito. *Acercándose a Aurelia.* Hola, mujer.

Aurelia. Hola, hombre.

Don Roque. ¿Llueve?

Honorito. No. El viento se ha llevado las nubes. Hace fresco. Pero aquí se está bien. *Estornudando.* ¡Ahchís!

Doña Mínima. ¡Jesús!

Don Roque. ¿Te habrás constipado?

Honorito. No. Es el cambio de temperatura, que siempre me hace estornudar. Como a los gatos.

Se sienta a la camilla y remueve el brasero para entrar en calor.

Don Albino. *Jovialmente, a doña Mínima y a don Roque.* ¿No opinan ustedes conmigo que nos debemos ir alejando discretamente nosotros tres?

Doña Mínima. Sí, señor; a ver si se sueltan los novios.

Don Roque. Muy bien, muy bien.

Don Albino. Pues nada, a ello; como quien no quiere la cosa; con suavidad, con disimulo... Porque yo he observado que los que van a casarse en abril, ya gustan de quedarse solos en febrero... Lo he observado, lo he observado...

Y riendo bajito la gracia de la agudísima observa-

ción, se marchan los tres hacia la izquierda, por la puerta del foro.

HONORITO. ¿Qué hay de nuevo?

AURELIA. Lo que tú traigas de la calle.

HONORITO. ¿De la calle? La cabeza bomba con tanto ruido de máscaras. Comparsas de estudiantes, comparsas de cojos, comparsas baturras... ¡Y unos disfraces más chillones!... Yo no sé qué jugo le saca la gente a vestirse de mamarracho. Yo prohibía el Carnaval. Pero, oye, ¡se han ido!

AURELIA. Sí; se han ido.

HONORITO. ¡Qué célebres! ¡Se han ido!

AURELIA. Seguramente, al comedor.

HONORITO. ¿Al comedor?

AURELIA. Papá ha querido solemnizar el día de hoy tomando reunidas las dos familias una copa de vino.

HONORITO. Ah, ya. Está bien. Sólo que yo no bebo; ya lo sabes.

AURELIA. ¿Ni hoy tampoco, por excepción?

HONORITO. ¡Figúrate! Yo, qué más querría. Pero soy abstemio. Me envenena una gota.

AURELIA. Pues no es cosa de que te envenenes. Beberé yo por ti y por mí.

HONORITO. ¡Y yo brindaré por nuestra felicidad con agua del Lozoya! ¿No se resentirá tu padre?

AURELIA. ¡No, hombre! Si te hace daño el vino...

HONORITO. Ha gustado mucho tu sortija.

AURELIA. Me alegro. Tu pulsera, también.

HONORITO. Un poquillo grande me está. Se me sale.

AURELIA. Te regalaré un ajustador.

HONORITO. Bueno. A la tía Guadalupe le ha encantado.

AURELIA. ¿Está mejor la tía?

HONORITO. Sí; si no tiene nada. Miedo a la calle.

Es una enferma de profesión, como dice el tío Albino. Que está bien la frase.

AURELIA. *Mirando al retrato de Santa Ana.* A mí me recuerda a mi abuela.

HONORITO. ¿A tu abuela?

AURELIA. No en la cara: en sus cosas; en sus achaques...

HONORITO. ¿Y por qué señalas a Santa Ana?

AURELIA. ¿Cómo por qué señalo? ¿En qué mundo vives?

HONORITO. ¿Eh?

AURELIA. ¿Tú no sabes que ésa es mi abuela?

HONORITO. ¿Santa Ana? ¿Santa Ana es tu abuela?

AURELIA. Y San Pablo mi abuelo. ¿Nunca te lo he contado? ¡Sí, hombre!

HONORITO. No sé. Puede que sí. Pero estaría yo distraído.

AURELIA. Es probable. Mi abuelo, el padre de mi padre, no quiso dejar más retratos de mi abuela Anita y de él, que estos dos, vestidos de Santa Ana y San Pablo.

HONORITO. ¡Qué célebre!

AURELIA. Porque decía mi abuelo que a los santos siempre se les respeta en las casas, mientras que de los retratos de los viejos se burla todo el mundo, empezando por los chiquillos y la parentela.

HONORITO. ¡Vaya un hombre listo! *Riéndose.* Oye: ¿te parece a ti que nos retratemos nosotros dos, tú de Santa Aurelia y yo de San Honorio, por si acaso?

AURELIA. Me parece más prudente esperar todavía...

HONORITO. ¡Claro! ¡Hasta ver si dejamos quien pueda burlarse!... *Aurelia baja la mirada. Él la contempla.* Sí; yo creo que sí. Total, que voy a entrar en una familia de santos.

AURELIA. Ni más ni menos. Tienes que ser muy bueno conmigo... para no desentonar en la familia.

HONORITO. Por eso no temas. Ya verás qué bien vamos a llevarnos. Yo soy un hombre muy pacífico. No tengo genio. Voy a dejar chico a San Pablo.

AURELIA. Estos retratos estoy viéndolos yo desde que vine al mundo. Como estos muebles; como los de mi casa... ¡Qué sé yo los años que hace que viven estos dos cuartos mi padre y mi tía!

HONORITO. ¿No se han mudado nunca?

AURELIA. Que yo recuerde, nunca.

HONORITO. Como en un convento. Otra tía tuya es monja, ¿no?

AURELIA. Sí; tía Casilda.

HONORITO. ¿Hermana de tu madre?

AURELIA. No: de mi padre. Mi madre fué hija única, como yo.

HONORITO. ¡Qué célebre! ¿Y tu padre es el mayor de sus hermanos?

AURELIA. No: el segundo. El mayor, varios años mayor, era Estanislao, el marido de la tía Mínima. Luego, mi padre; luego, Ramona; luego, Tirso, y luego, Casilda, la menor, que es la que está en las Huelgas de Burgos.

HONORITO. ¿A ti también te dió una vez por meterte monja?

AURELIA. ¿Y a qué muchacha no le da... en las grandes tristezas? Cuando murió mi madre creí que para mí se acababa el mundo.

HONORITO. Pero tu padre te lo quitó de la cabeza.

AURELIA. Sí. Y como mi madre me aconsejaba a toda hora la obediencia a mi padre...

HONORITO. ¿Sí, eh?

AURELIA. Obediencia ciega, absoluta...

HONORITO. ¿Lo querría mucho?

AURELIA. Adoraba en él. No veía sino por sus

ojos. Para ella era artículo de fe cuanto decía mi padre. Para mí no lo es menos. ¿Quién como él ha de desearme y procurarme lo mejor de la vida?

HONORITO. Eso sí es verdad.

AURELIA. Además, es condición mía: he preferido siempre dejarme llevar a llevar yo...

Mira a Honorito esperando respuesta. Pero en esto acierta a detenerse en la calle una estudiantina tocando un paso doble con bandurrias, guitarras y panderetas, y el hombre se distrae y principia a tararearlo. La música se oye lejos, hacia la izquierda, siempre a igual distancia.

HONORITO. ¡Hombre, una comparsa! ¿Oyes, Aurelia?

AURELIA. Sí.

HONORITO. Es bonito ese pasacalle. Tiaro-larorero-riro-rá... *Pasea tarareando.*

Aurelia, sentada, la mano derecha en la mejilla, lo contempla sin ilusión. Así los sorprende Florencia, que viene del comedor por la puerta del foro.

FLORENCIA. Pero ¿para esto los han dejado a ustedes aquí?

HONORITO. ¿Eh? ¿Qué?

FLORENCIA. ¿Cuántos años hace que se han casado ustedes?

HONORITO. ¿Cómo?

FLORENCIA. ¡Vamos, vamos, vengan allá, a ver si se animan! ¡Qué pareja más sosa!

AURELIA. Razón tienes. Vamos a beber esa copa de vino.

HONORITO. Yo no bebo: yo soy abstemio.

FLORENCIA. ¡Pues se la echaremos a usted por la coronilla!

HONORITO. ¡Qué célebre!

FLORENCIA. *Abrazando cariñosamente a Aurelia por la cintura.* Anda, vamos allá.

AURELIA. Vamos, sí; vamos.

Por la puerta de la izquierda sale Remigia.

REMIGIA. Señorita Florencia.

FLORENCIA. ¿Qué quieres?

REMIGIA. ¿Me deja usted bajar a la calle a ver la comparsa, que está tocando orilla de la cacharrería?

FLORENCIA. Bueno, sí, baja; pero no te alejes de la puerta.

REMIGIA. No pase usted cuidado. *Se va corriendo.*

FLORENCIA. Anda, Aurelia.

Las dos mujeres, enlazadas, se marchan por la puerta del foro, hacia el comedor. Detrás de ellas, abstraído, tarareando la música, se marcha también Honorito.

HONORITO. Tiaro-laro-rero-riro-rá...

La estudiantina continúa oyéndose. Breve pausa. De repente vuelve Remigia, huyendo, entre risueña y asustada, de una máscara que la persigue. Es ésta un hombre embozado en larguísima capa, más extranjera que española, calado hasta las orejas un sombrerón flexible, y disfrazado el rostro con unas disformes narices que rematan en cejas y bigotes grotescos. Habla en voz baja, sin cuidarse de disimular la suya, y con audacia y resolución.

REMIGIA. ¡Una máscara, señorita; una máscara!

MÁSCARA. ¡Ven acá! ¡No huyas! ¡No te asustes!

REMIGIA. ¡Si es que me da miedo! ¡Ja, ja, ja!

MÁSCARA. No temas, Remigia. ¡Porque tú eres Remigia!

REMIGIA. Remigia soy. ¿Me conoces tú?

MÁSCARA. Te conozco.

REMIGIA. Y tú, ¿quién eres? *Mirándolo mucho.* Tú eres... tú eres... ¡Tú eres Masimino!

MÁSCARA. ¡Ca! Tú no me conoces a mí. ¿Dónde está la señora?

REMIGIA. En el comedor.

MÁSCARA. ¿Con quién?

REMIGIA. Con la señorita Aurelia, con don Roque, con otro caballero...

MÁSCARA. Pues diles que hay aquí una máscara que desea saludar a todos.

REMIGIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú eres Masímino!

MÁSCARA. ¡No soy *Masimino*, Remigia!

REMIGIA. ¡Sí eres Masimino!

MÁSCARA. Te vas a convencer de que no. *Le da un duro.* Toma.

REMIGIA. ¡Un duro! ¿Para mí?

MÁSCARA. Para ti.

REMIGIA. ¡No eres Masimino!

MÁSCARA. ¿Lo ves? ¡Anda, Remigia; corre, Remigia; anúnciame, Remigia! ¡Una máscara que los conoce a todos! ¡Hasta a Santa Ana y a San Pablo!

REMIGIA. ¡Ja, ja, ja! *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda. Se la oye decir, alejándose:* ¡Doña Mínima, aquí hay una máscara! ¡Una máscara! ¡una máscara muy graciosa!

MÁSCARA. *Dando zancadas por la habitación y observándola.* ¡Igual! ¡Todo igual! ¡Siempre igual! ¡Parece que en esta casa no ha vivido nadie!

Por la puerta del foro van llegando sucesivamente, desconcertados y curiosos — el hecho allí no es para menos, — y por el orden que indica el diálogo, Florencia, Aurelia, don Albino, don Roque, doña Mínima, Honorito y Remigia. La máscara se encierra en un absoluto mutismo; pero se acerca a todos según le hablan, los mira fijamente, como desafiando su curiosidad, y hasta los asusta con algún desplante inesperado. Todos, pasada la primera impresión, conllevan bien la broma y se ríen del lance, excepto don Roque, que desde el primer instante pone cara de palo.

FLORENCIA. ¿Pero qué es lo que dice esa boba?

¿Quién es? ¡Jesús, Dios mío! ¡Mira, Aurelia, mira qué mamarracho!

AURELIA. ¿Eh? ¡María Santísima! Pero ¿cómo le han abierto la puerta? ¿Quién será este hombre?

DON ALBINO. ¿Es cierto el anuncio de la fámula?

FLORENCIA. ¡Y tan cierto!

DON ALBINO. ¡Hola! ¡Tenemos aquí a Tomé Cecial! No, no te acerques, mascarita, que no te conozco.

DON ROQUE. Pero ¿es posible?... A ver, a ver... ¿Qué significa?... ¿A qué vienes aquí, máscara?... ¿A qué vienes aquí?

AURELIA. ¡Si no habla una palabra, papá!

FLORENCIA. ¿Eres mudo?

DON ALBINO. ¡O mudo o demasiado cauto!

DOÑA MÍNIMA. No, pues no me hace gracia... ¿Quién es? *Retirándose de la máscara con cómico susto.* No me hace gracia; no me hace gracia.

HONORITO. ¡Corcho! A mí tampoco me hace gracia.

DON ROQUE. ¡Ni a nadie!

MÁSCARA. *Con voz de tiple.* ¡A ti menos que a nadie!

FLORENCIA. ¡Hombre! ¡Ya habló!

AURELIA. ¡Ya dijo algo!

DON ALBINO. ¿Sabes, mascarita, que tienes poco ingenio?

DON ROQUE. Pero ¿cómo se le ha dejado entrar?

REMIGIA. ¡Se coló de rondón cuando yo abrí para ir a la calle! ¡Ja, ja, ja! ¡Menudo susto me llevé!

DOÑA MÍNIMA. Este va a ser el peletero de la esquina, que es un fresco.

HONORITO. A mí se me está figurando... Pero no, no es.

FLORENCIA. ¡Habla, hombre; habla! ¡Di cualquier cosa! ¡Prueba a ver si te conocemos o no!

Aléjase la música de la estudiantina.

DON ROQUE. No; mejor será que no diga nada. Lo que va a hacer ahora mismo, si no se descubre, es irse por donde ha venido. Mira, máscara: a mí me revienta el Carnaval, y las bromas de Carnaval, y me repugnan los hombres que se tapan la cara.

AURELIA. Papá, por Dios, no lo tome usted así.

MÁSCARA. *En su voz natural.* ¡Déjalo, Aurelia! ¡Si peor que esta cara le va a sentar verme la mía!

AURELIA. ¿Eh?

DOÑA MÍNIMA. ¿Quién es?

DON ROQUE. Esa voz...

MÁSCARA. *Desembozándose, y quitándose el disfraz y el sombrero.* ¡No puedo más! ¡Qué calor me dan las narices! ¡Soy yo: mírenme todos; soy yo!

Turbación, sobresalto, extrañeza, asombro, alegría. Es Tirso Febrero, apodado entre los suyos Febrerillo el loco; hombre fuerte, impetuoso, alborotador. Al descubrirse deja al aire una cabeza poblada de abundante cabello, revuelto y plateado, y un bigote ligero y fino. Sus ojos son investigadores y traviesos. Suele hablar a voces y con exagerados gestos y ademanes.

DON ROQUE. ¡Mi hermano!

DOÑA MÍNIMA. ¿Tú? ¿tú?

AURELIA. ¡Si es el tío Tirso!

FLORENCIA. ¿Quién? ¿El tío Tirso?

DON ALBINO. *A don Roque.* ¿Es su hermano?

DON ROQUE. Sí.

HONORITO. ¡Qué célebre!

TIRSO. Yo: yo mismo. Febrerillo el loco. Aquí estoy otra vez.

DOÑA MÍNIMA. *Abrazándolo, conmovida.* Pero, ven acá, loco, más que loco... Mírame temblar... ¡Te creíamos muerto!

TIRSO. ¡Pues ya ves que vivo, a Dios gracias!

DOÑA MÍNIMA. ¡Este hábito negro lo llevaba por ti!

TIRSO. ¡Vístete mañana de colorado! ¡Aurelia, sobrina, dame un abrazo tú!

AURELIA. *Riéndose entre lágrimas.* ¡Tío Tirso!...

TIRSO. ¡Qué guapa estás, criatura! ¡Como no te veo desde la edad del pato!... ¡Enhorabuena, Roque! ¡Vaya una hija!

DON ROQUE. ¡Pero, hombre, Tirso, eres incorregible!

TIRSO. ¡No me gruñas!

Se abrazan.

DON ROQUE. ¿A qué ha venido esta patochada? ¿No te da vergüenza? ¡Pareces un chiquillo!

TIRSO. ¡Y lo soy! Bueno, ¿y esta otra dama tan bonita?

DOÑA MÍNIMA. Pero ¿no la conoces?

FLORENCIA. No; no me conocía.

AURELIA. Es Florencia; la viuda de Juan.

TIRSO. ¡Ah... sí!... ¡Pobrecillo Juan! ¡Qué desgracia! ¡Morirse... teniendo esta mujer!

DON ROQUE. ¡Bah, bah, bah!

TIRSO. ¡No gruñas, hombre, por los clavos de Cristo! ¿Sobre que estás feo y viejo vas a gruñir? ¡Porque cuidado que estás viejo y feo!

DON ROQUE. ¡Tengo la edad que tengo, y no hago chiquilladas como tú!

TIRSO. Únicamente ante ti puedo hacerlas ya. ¡Pareces mi abuelo!

DOÑA MÍNIMA. No le hagas caso, Roque. No tiene compostura este galopín.

DON ROQUE. No tiene compostura... ni otra cosa.

TIRSO. ¿Vergüenza?

DON ROQUE. Seriedad, por lo menos.

DOÑA MÍNIMA. No empecemos ya. Dejadlo siquiera para mañana. Don Albino, los voy a presentar a ustedes.

DON ALBINO. Con mucho gusto.

Doña Mínima. Don Albino de Juan...

Don Albino. Para servir a usted.

Doña Mínima. Mi cuñado Tirso... Febrerillo el loco, de quien algunas veces le hemos hablado.

Tirso. Seguramente mal.

Don Albino. No... no...

Doña Mínima. Este señor es un gran amigo de Roque.

Tirso. Lo compadezco a usted con toda mi alma.

Don Albino. ¡Ja, ja, ja!

Doña Mínima. Y este pollito...

Honorito. Servidor de usted.

Doña Mínima. Es sobrino y ahijado de este caballero... y prometido de Aurelita.

Tirso. ¿Sí, eh? ¿Esas tenemos? *Suspirando.* ¡Ay, jinojo! ¡Cómo aflige el ánimo ver que aman ya las que unò ha llevado en volandas! *A Honorio.* ¿Cómo te llamas tú?

Honorito. Honorio. Honorito me dicen...

Tirso. *Después de mirar a los novios alternativamente.* Pues oye un favor y un disfavor, Honorito: has elegido tú mejor que ella.

Honorito. ¡Qué célebre!

Risas generales, excluído, naturalmente, don Roque. Aurelia, desde este momento, trata en vano de reprimir la suya. Honorito también.

Don Roque. ¡Eso; sí! ¡Sobre que ha dicho una inconveniencia, ríanle ustedes la gracia!

Aurelia. Pero, papá...

Doña Mínima. Pero, Roque...

Don Roque. ¡Nada! ¡Lo sabéis de toda la vida! ¡Es contra mis nervios! Usted dispense, don Albino.

Don Albino. No; ya me hago cargo yo... Choque de caracteres...

Don Roque. ¡Me asombra que seamos hermanos!

Tirso. ¡Y a mí mucho más!

DON ROQUE. ¡Que no te rías, Aurelia!

TIRSO. Pero, majadero, ¿va a llorar porque haya venido su tío? ¡Qué acogida tan cariñosa me dispensas! Y ahora que caigo: abajo tengo un satélite con dos maletas; ¿le mando subirlas aquí o me voy a la posada del Peine?

DOÑA MÍNIMA. ¿Quieres callar, demonio?

TIRSO. ¡Como ése me recibe de uñas!...

DOÑA MÍNIMA. Pero yo, no. Que te suban aquí las maletas. Ya te acomodaremos. Aquí, digo, Roque; aquí. ¡Porque en tu casa no habrá sitio!

DON. ROQUE. Allá tú.

TIRSO. Ven, Remigia; ven conmigo a la puerta. ¡Ya ves que he caído como una bomba, Remigia! Vuelvo. ¡Ah! ¡Un instante! Capítulo primero: advierto a todos que estoy sin blanca; pueden registrarme si lo dudan. Pero no vengo a pedir dinero. ¡No en mis días! Vengo a que me lo den sin pedirlo para que me vaya. Anda, Remigia. *Márchase por la puerta de la izquierda con la criada.*

AURELIA. *Sin poder contenerse.* ¡Ja, ja, ja!

DON ROQUE. ¿Cómo te voy a decir que no te rías, Aurelia? ¿Harás que me enfade?

AURELIA. *Humildemente.* No, papá...

DON ROQUE. De nuevo le pido a usted disculpa, don Albino.

DON ALBINO. ¡Oh! Pláticas de familia...

DON ROQUE. Es superior a mí. A usted le sorprenderá, ciertamente, que yo reciba en esta forma a un hermano a quien creíamos muerto. Ya le explicaré a usted... Tengan la bondad de venir a casa usted y Honorito, que quiero hablarles.

DON ALBINO. Estamos a la disposición de usted. ¿Honorito?

DON ROQUE. ¡Y en qué día! ¡en qué día! Vengan, vengan a casa.

DON ALBINO. Con la venia de estas damas; ¿no?

DOÑA MÍNIMA. Vayan, vayan ustedes...

DON ALBINO. Pero, cálmese usted, don Roque.

DON ROQUE. No puedo, no puedo, don Albino.

HONORITO. *Aturdido, siguiéndolos maquinalmente.* No puede; no puede.

Se van por la puerta de la izquierda don Albino y don Roque, y Honorito detrás de ellos.

DOÑA MÍNIMA. ¡Válgate Dios! Ya la tenemos enredada. Siempre han sido el perro y el gato tu padre y él.

FLORENCIA. Yo he necesitado taparme la cara para que no me viese reír el tío Roque.

AURELIA. Yo no lo he podido remediar...

DOÑA MÍNIMA. Y es inútil intentar avenirlos; genio y figura... Tu padre, desde que iba a la escuela, ya era *don Roque;* y ese otro, hasta que se muera, aunque viva cien años, será *Febrerillo.* ¡Vaya usted a ponerlos de acuerdo!

FLORENCIA. Y ¿dónde lo colocaremos, mamá?

DOÑA MÍNIMA. En el despacho; cómo siempre.

FLORENCIA. Es verdad; lo mismo que cuando vino Ramona.

DOÑA MÍNIMA. Lo mismo. Allí se le pone cama y lavabo... Anda; ya está ahí: que Remigia lleve allá el equipaje.

FLORENCIA. Voy. *Se va por la puerta de la izquierda.*

AURELIA. ¿Se enfadará papá si me quedo aquí mucho tiempo?

DOÑA MÍNIMA. Se enfadará de todos modos; de manera que quédate hasta que él te llame.

AURELIA. Bueno; me quedaré. No diga el tío Tirso...

Vuelve Tirso por donde se marchó. Al ver solas a la tía y la sobrina, pregunta:

Tirso. ¿Qué es eso? ¿Y mi hermano, y el otro caballero?

Doña Mínima. Se han ido un instante.

Tirso. ¿Y tu novio?

Aurelia. Se ha ido con ellos.

Tirso. Será porque se lo han llevado; si no, no me lo explico. Oye, antes que se me olvide: ya me dirás qué regalo de boda quieres que te haga. Tira por largo, ¿eh?

Doña Mínima. ¿Te parece? ¿Pues no dices que vienes sin blanca?

Tirso. Eso lo he dicho para asustar a Roque. ¡Una broma de Carnaval! Perdóname, Aurelia. ¡Aunque tú te casarás por dejar de aguantarlo!

Aurelia. *Como reconviniéndolo cariñosamente.* ¡Ay, tío Tirso, tío Tirso!...

Doña Mínima. Sosiega un rato, hombre de Dios. Siéntate. No paras.

Tirso. No paro, no; no sé estarme quieto, felizmente. Y por dentro menos que por fuera.

Doña Mínima. ¡Galopín! ¡Badulaque! ¡Buen susto nos has dado! Eso sí; puede pasarse por la alegría. Yo te rezaba entre mis muertos. Ya te lo he dicho: este luto me lo puse por ti.

Tirso. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien sé yo que eres tú quien me quiere en la casa! De ti no digo nada, sobrina, porque no me puedes querer.

Aurelia. ¿Por qué no?

Tirso. Porque no me conoces. ¡Y por lo que de mí te hayan dicho!...

Doña Mínima. ¿Qué ha sido de tu vida estos años? Vamos a ver. ¿De dónde sales? ¿Cómo has vivido? Cuenta, cuenta.

Vuelve Florencia por la puerta del foro y se sienta a oírlo también.

Tirso. ¡Uh! ¡Es historia larga! ¡Es el cuento de la

Buena Pipa! Ya os iré relatando aventuras un día y otro. Hay para rato. ¡He sido hasta presidente de una república!

Doña Mínima. ¡En el nombre del Padre! ¿Se te puede creer, Febrerillo?

Tirso. ¡Se me puede creer, jinojo! ¡No que no! Bien sabes que yo nunca miento. ¡Pero me satisface que dudes! ¡Ya te has olvidado de mí! ¡Lo que me halaga que no se me crea!...

Aurelia. ¿Le halaga a usted?

Tirso. ¡Claro, simplona! ¡Esa es la prueba de que lo que hago o lo que digo no es vulgar ni corriente! El mejor elogio que quiero para mis acciones es ése: que parezcan mentira.

Doña Mínima. Pues, mira, por lo general te sales con ella.

Tirso. Sí he sido, sí, presidente de una républica... de cuatro gatos. ¡Amo las tierras vírgenes! Sólo que me quisieron asesinar y le dejé el puesto al conspirador, que era uno que se me vendía por amigo. Le dejé el puesto, y esa fué mi venganza.

Florencia. ¿Dejarle el puesto?

Tirso. Sí; porque lo han escabechado a él hace un par de meses. Por traidor. ¡Me alegro! También he fundado una escuela, en la que impuse un método de enseñanza personalísimo. ¡Me adoraban aquellos cafres! ¡Lo que yo he gozado enseñándolos a leer y explicándoles a mi manera las maravillas de este mundo! ¡Jinojo! Por nadie me cambiaba. Es mi ambición, es mi locura, es mi destino, si queréis; llego a un pueblo: no hay escuela, yo soy maestro de escuela; no hay teatro, yo soy comediante; no hay imprenta, yo fundo un periódico... Sacudo el espíritu de las gentes, logro que se den cuenta de que tienen alma, hablo un lenguaje nuevo, paso por loco... y de la noche a la mañana me voy a otro lado. Pero

no importa; sé que he dejado un germen; algo nacerá de lo que eché en el surco.

DOÑA MÍNIMA. Y ahora ¿dónde estabas... sembrando?

TIRSO. En Asunción del Paraguay. Allí me casé.

DOÑA MÍNIMA. ¿Que te has casado, Tirso?

FLORENCIA. ¿Que se ha casado usted, tío Tirso?

AURELIA. ¿Que se ha casado usted?

TIRSO. Sí; pero ya estoy viudo. ¡Me puedo volver a casar!

Ríen las tres mujeres.

DOÑA MÍNIMA. Esa no cuela, Febrerillo.

TIRSO. ¿Cuál? ¿La viudez o el casorio?

DOÑA MÍNIMA. El casorio.

TIRSO. Pues, chica, es cosa que se puede creer sin dificultad; ¡lo hace medio mundo! ¡Pobre Consolación! Fué aquel un casamiento... romántico. *A Aurelia.* Tu padre no lo comprendería. Me interesó aquella mujer... y la quise. Alumbré los últimos años de una vida truncada en flor y llena de sombras. Pero, bien, estas son páginas demasiado íntimas. No se debe hablar de ellas.

FLORENCIA. ¿A qué ha venido usted a España?

TIRSO. ¡Ay! Otro lance romántico.

AURELIA. Cuéntenoslo usted.

TIRSO. ¿Quieres tú que lo cuente?

AURELIA, Sí.

TIRSO. Es muy doloroso. Un compañero mío, compañero de luchas y miserias, menos fuerte y menos afortunado que yo, harto de sufrir, desencantado, triste, muerto el espíritu, quiso acabar del todo y se pegó un tiro en la cabeza.

AURELIA. ¡Jesús!

DOÑA MÍNIMA. ¡Ave María!

FLORENCIA. ¡Pobre hombre! ¡Lo que a mí me impresiona el suicidio! Yo no sé si es cobardía o va-

lor, como dicen; pero me impresiona enormemente.

TIRSO. No es ni valor ni cobardía, Florencia; es la locura de muchos momentos de dolor concentrada en uno.

FLORENCIA. ¡Pobre hombre!

TIRSO. Le escribí a su madre la tremenda desgracia... como puede escribirse una tragedia así... La madre es una infeliz mujer que vive en un pueblecillo de la Mancha: en Fernán-Caballero. Me contestó llena de gratitud, y su carta, toscamente puesta, tenía tantas lágrimas entre sus renglones, que tiró de mí. Y me ofrecí a llevarle todos los recuerdos de su hijo que conservaba en mi poder: varios libros, algunas cartas, papeles de trabajos no terminados, el reloj, la cartera, el retrato de una mujer... Reliquias. Y eso me empujó a España. Y de Fernán-Caballero vengo ahora. *Suspirando.* ¡Ay ay ay!... Siempre buscando a Dios, como yo digo.

AURELIA. ¿Buscando a Dios?

TIRSO. Siempre.

DOÑA MÍNIMA. *A Florencia y Aurelia.* A mi padre le llamaban mucho la atención las salidas de éste; y no me hablaba una vez de él que no me dijera: «En el mundo hacen falta esos locos.»

TIRSO. ¡El gran don Eloy! Lo recuerdo como si lo tuviera delante: con su traje de terciopelo color de pasa y sus babuchas moras.

DOÑA MÍNIMA. ¡Si vieras lo que se le parece la nena de Florencia!

TIRSO. ¿Sí, eh? ¿Te quedó una chiquilla? ¿Dónde está?

FLORENCIA. La tengo interna en un colegio.

TIRSO. A ver si la conozco antes de marcharme.

AURELIA. ¡Más rica es!

TIRSO. ¿Y tú, cuándo te casas?

AURELIA. *Ruborosa.* Aun no se ha fijado la fecha.

DOÑA MÍNIMA. Pero hoy justamente la han pedido.

TIRSO. ¿Hoy? ¡Mira con qué pie llego!

FLORENCIA. Cuando usted vino se estaba celebrando eso en el comedor.

TIRSO. ¡Jinojo! ¡Interrumpí la fiesta!

DOÑA MÍNIMA. Poca fiesta había.

TIRSO. ¡Bueno, mujer; bueno! ¿Querrás mucho a tu novio?

AURELIA. Figúrese usted.

TIRSO. ¡Ea! ¡Pues vamos a ver si entre los dos aumentáis la familia, que se va acabando! ¡Ya sabes que a mí me da por ser maestro de escuela! ¡No te pongas colorada, mujer!

FLORENCIA. ¿Ésta? De mirarla.

TIRSO. ¿Tenéis ya padrino?

AURELIA. Sí.

DOÑA MÍNIMA. ¡Digo! ¡Don Albino de Juan!

TIRSO. ¿Acaso este señor que aquí estaba?

DOÑA MÍNIMA. Justo. Tío del novio.

TIRSO. Don Albino... Don Albino... Cara tiene de llamarse Albino.

Se ríen las tres de nuevo.

DOÑA MÍNIMA. Es un señor muy circunspecto, muy razonable, siempre en el justo medio de todas las cosas... Te lo prevengo porque, como tú eres así, y este don Albino todo lo lleva bien menos el desentono, las pitadas, las patas de gallo...

TIRSO. ¿Sí, eh?

FLORENCIA. ¡Sí!

TIRSO. ¡Mal año para don Albino!

DOÑA MÍNIMA. ¡Febrerillo, por el amor de Dios! Ten presente que aquí se le escucha como al Evangelio; que es una autoridad en esta casa.

FLORENCIA. Es un señor muy especial. Persona influyente, por supuesto. Consejero de no sé cuántas cosas.

Doña Mínima. Así nos aconseja aquí a todos.

Florencia. Anda en la vida con balancín, para no caer de un lado ni de otro. Su ausencia me perdone. Si compra, por ejemplo, veinte acciones de un periódico de ideas republicanas, procura en seguida comprar la misma cantidad de otro periódico monárquico.

Doña Mínima. Para neutralizar tendencias, dice él.

Tirso. Y para comer a dos carrillos, digo yo.

Doña Mínima. ¡Lo estaba esperando!

Aurelia. ¡Tío!

Doña Mínima. ¿Ves tú? Esas frescas son las que te hacen intratable, te dan mala fama y te llevan a vivir separado de la familia, errante, como un nómada, como un gitano....

Tirso. No: esta vida la elegí por mi gusto; por vocación, como si dijéramos.

Florencia. ¿Usted se marchó de la casa al morir los padres?

Tirso. Sí, hija. No pude soportar el espectáculo a que dió ocasión el reparto de la pequeña herencia. Cuande vi a mis propios hermanos disputarse como fieras de distinta casta lo que no era fruto del trabajo de ninguno de ellos, lo que ninguno había ganado por sí, para no morirme de pena o de asco desdeñé lo que pudiera corresponderme, y levanté el vuelo. Desde entonces me llaman Febrerillo el loco.

Doña Mínima. Y bien puesto estuvo por aquella locura. Debiste quedarte aquí, mediar, influir con tus hermanos, apagar codicias...

Llega Remigia por la puerta de la izquierda.

Remigia. Señorita Aurelia.

Aurelia. ¿Qué?

Remigia. Dice Baltasara que dice don Roque que vaya usted allá.

Aurelia. Ahora mismo.

REMIGIA. La cama ya está en el despacho, señorita Florencia.

FLORENCIA. Bien.

Se marcha Remigia.

AURELIA. Hasta después, tío Tirso.

TIRSO. Adiós, lucero.

AURELIA. ¡Lucero!

TIRSO. ¡Pero te encuentro un poco triste!...

AURELIA. No... Hasta después. Bien venido.

TIRSO. Anda con Dios.

AURELIA. Hasta luego.

FLORENCIA. Adiós.

DOÑA MÍNIMA. Hasta luego.

Vase Aurelia por la puerta de la izquierda. Tirso la mira mientras se va. Después se vuelve a las dos mujeres, como interrogándolas sin palabras. Florencia, por su parte, esquiva la respuesta y dice con forzada sonrisa:

FLORENCIA. Voy a ocuparme del arreglo del cuarto.

TIRSO. He venido a trastornar la casa.

FLORENCIA. Pues hay que agradecérselo a usted. Vivimos... demasiado quietas. *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

DOÑA MÍNIMA. Dice bien. *A Tirso, que también mira con curiosidad a Florencia, confidencialmente:* Ninguna de las dos es dichosa.

TIRSO. ¿Ninguna de las dos?

DOÑA MÍNIMA. Ninguna.

TIRSO. ¿Y eso no puede remediarse? *Doña Mínima hace un gesto de resignación. Él agrega:* Sí; sí podrá remediarse. *Con resolución.* ¡Debe remediarse!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.
Es el día 21 de marzo, a media tarde.

Laura, sentada cerca del balcón, se ocupa en hacer una primorosa cofia de blancos encajes y cintas de raso. Sus bellos ojos van de la labor a la puerta de la izquierda, por la cual, sin duda, aguarda alguna aparición interesante.

Sale doña Mínima luego por la puerta del foro. Viene de la derecha.

DOÑA MÍNIMA. ¡Jesús! ¡Qué vendaval! ¡Vamos a volar todos! ¡Cómo zumba la chimenea de la cocina!

LAURA. ¡Buena entradita hace la primavera!

DOÑA MÍNIMA. Es verdad, que entra hoy. Con ruido viene. ¿Y usted no se va al bautizo de la sobrinita? Mal día le hace. Que la tapen bien.

LAURA. Ahora me iré, señora. Me engolosino cosiendo estas monadas.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué nombre le van a poner a la criatura?

LAURA. El de la madre: Evangelina.

Llega Remigia por la puerta de la izquierda.

REMIGIA. Señora.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué hay?

REMIGIA. Ahí está don Albino.

DOÑA MÍNIMA. Que pase aquí.

REMIGIA. ¡Viene muy enfadado!

Doña Mínima. ¿Y tú te ríes de eso?

Remigia. No, señora: me río de que a la portera le han robado el gato, y cree que ha sido Venancio, el tabernero, que los guisa por liebres. *Vase.*

Doña Mínima. ¡Bah, bah! Y usted, Laura, deje ya la costura y márchese con su familia.

Laura. Bien; sí, señora. Primero voy con su permiso al comedor, a beber un poco de agua. *Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Doña Mínima. Pocas ganas tienes tú de ver cristianar a Evangelina. ¡Vaya usted a saber!...

Aparece en la puerta de la izquierda don Albino, tal y como lo dejamos en el primer acto, pero con ojeras.

Don Albino. ¿Doña Mínima?

Doña Mínima. ¡Don Albino! Pase usted y siéntese.

Don Albino. Gracias, amiga mía.

Doña Mínima. Me ha advertido Roque, por el patio, que quería usted hablarme...

Don Albino. Sí, señora. *Pausa.* No sé cómo empezar. Estoy desconcertado... violento...

Doña Mínima. Algo se le conoce... ¿Qué ocurre? No me alarme usted.

Don Albino. ¡Qué ocurre! Mi boca, en esta casa, no se ha abierto hasta ahora, por mi voluntad, sino para decir cosas agradables... Pero hoy traigo una comisión enojosa, que en vano intentaría vestir con palabras de oro.

Doña Mínima. ¿Y eso?

Don Albino. Además, la oratoria es—usted lo sabe—el vehículo de las ideas para convencer al pueblo soberano; pero cuando el pueblo se halla previamente convencido, la oratoria huelga.

Doña Mínima. ¿El pueblo aquí soy yo?

Don Albino. Exactamente. Hechos y no palabras, doña Mínima. Sobriedad. Es inevitable que a

ese importuno huésped, que en mal hora entró aquí hace ya veintitantos días, le diga usted que hemos decidido que abandone esta casa.

Doña Mínima. ¡Válgame el Señor! ¡Qué escopetazo, don Albino!

Don Albino. Es inevitable.

Doña Mínima. ¿Inevitable? Pero ¿en qué puedo fundar yo una resolución tan extrema? Le aseguro a usted que no esperaba...

Don Albino. *Levantándose en alas de la inspiración.* ¡Doña Mínima: la casa del orden, de la honestidad y de la compostura, en modo alguno puede albergar dignamente a quien empieza por disfrazarse con máscara grosera para asaltarla; a quien alimenta en su persona los siete pecados capitales... y alguno más, de añadidura!

Doña Mínima. Baje usted la voz.

Don Albino. *Bajándola, sobresaltado.* Ah; pero ¿está ahí?

Doña Mínima. Sí, señor: allá dentro.

Don Albino. Don Roque me había dicho que no estaba.

Doña Mínima. Es muy suyo. Pero sabía que estaba.

Don Albino. No alcanzo... *Volviendo a sentarse junto a doña Mínima.* Pues bien, señora: continuemos en tono confidencial. Después de todo, yo he observado que, en la vida, las cosas graves se dicen *sotto voce*. Febrerillo el loco, ese hombre díscolo y rebelde, ha alborotado las tranquilas conciencias de todos nosotros, y ha revuelto los corazones. Aurelia no es Aurelia: aquella criatura, engalanada de silencio, lámpara de llama siempre igual, como yo le decía, es otra: ríe, llora, va, viene, discute con su padre... ¿Qué es esto? El mocosuelo de mi sobrinito...

Doña Mínima. ¿El moco qué?

DON ALBINO. ¡El mocosuelo! Ese mocosuelo, antes tan formalito y tan ecuánime, ¡ha dado una vuelta de campana! ¡Lo ha fascinado ese perturbador! ¡Se tutea con él! Lleva una vida desordenada; casi no se ocupa de la que le elegimos por compañera; se recoge a las tantas de la noche; bebe vino—¡él, abstemio congénito!—no tiene más conversación que la de cancionistas y costureras, y hasta se me engalla a las veces.

DOÑA MÍNIMA. ¿A usted también?

DON ALBINO. A mí, señora. Nadie lo creería. ¡Pues anoche se atrevió a decirme que estoy anticuado! ¡Y eso no se ha cocido en su mollera! ¡Son ideas del otro bergante!

DOÑA MÍNIMA. Yo estoy en ascuas, don Albino. Temo que salga él... y nos coja aquí conspirando. Si a usted le parece...

DON ALBINO. Desde luego.

DOÑA MÍNIMA. Pasaremos a casa de Roque, y allí, con él, acordaremos lo que haya de hacerse. Que no sé qué será; no lo sé, no lo sé...

DON ALBINO. Sí: encuentro juicioso que nos traslademos ahí junto. Desde el punto y hora en que nos ronda el enemigo... ¡Ah! ¡También tenemos que hablar de la modista!

DOÑA MÍNIMA. ¿De qué modista?

DON ALBINO. De esta Venus... con brazos que viene aquí. He sabido cosas muy serias.

DOÑA MÍNIMA. ¿De Laura?

DON ALBINO. De ella y de los suyos. Parece que el padre, pájaro de cuenta, y las hijas, que todas tienen buen palmito, se dedican a buscar, de común acuerdo, maridos convenientes. Ven una buena presa, la niña en cuestión se hace la frágil y la apasionada... y termina la aventurita con la presencia del padre, del juez... y de dos testigos.

Doña Mínima. ¿Qué me cuenta usted?

Don Albino. Ya creo que se han casado así tres de ellas. ¿Qué jovenzuelo rico no se deja engañar por la vanidad de ser algo tenorio?

Doña Mínima. ¿Y usted teme...?

Don Albino. ¡No, no, señora! ¡A tal punto, no! Pero, yo he observado... yo he observado... No me atrevo a decirle a usted lo que sobre este particular he observado yo.

Doña Mínima. ¡Silencio!

Por la puerta del foro sale calmosamente Tirso. Viene de la izquierda.

Tirso. ¡Oh! Buenas tardes, señor de Juan: ¿cómo lo pasa usted?

Don Albino. Bien, ¿y usted, señor de Febrero?

Tirso. ¡No me cambio por nadie; soy dichoso! ¡Vivo estos días en un mundo ideal! ¡Hace mucho tiempo que no paso una temporada más feliz! ¡Estoy como el pez en el agua!

Don Albino. Reciba usted mis plácemes más cumplidos.

Tirso. Los acepto con gratitud.

Don Albino. ¿Vamos, doña Mínima? No extrañe usted que me retire, porque me iba ya cuando usted ha salido.

Doña Mínima. No sé qué quiere Roque...

Tirso. Yo, sí.

Don Albino. *Cortando por lo sano.* Buenas tardes.

Tirso. Buenas tardes.

Doña Mínima. Hasta ahora, Tirsillo.

Tirso. Adiós, Mínima. Paciencia y barajar.

Don Albino. Pase usted, señora.

Se marchan por la puerta de la izquierda doña Mínima y don Albino.

Tirso. *A grandes voces, para que don Albino*

se entere. ¡Pero qué bien se vive en esta santa casa!

Vuelve Laura del comedor.

LAURA. ¿Ve usted cómo era él?

TIRSO. Él era. Lo trae usted sin sueño, Laurita.

LAURA. ¿Yo? ¿Quiere usted callar?

TIRSO. No me ha entendido usted. Lo trae usted sin sueño... porque se lo ha quitado usted a su sobrino.

LAURA. ¡Jesús, María!

TIRSO. La verdad es que es lástima que el muchacho esté ya casi con el yugo en el cuello; porque para usted era que ni pintado: rico y tonto...

LAURA. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué cosas dice este don Tirso!...

TIRSO. ¿Se parecen a las que piensa usted?

LAURA. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿cómo quiere usted que a mí me pase por la cabeza una cosa así? Ahora, que si él me mira... yo no voy a volver la cara. Desatenciones, no. Eso no está en mí.

Por la puerta de la izquierda llega Honorito como una bala, con gabán, paraguas y sombrero.

HONORITO. ¡Hola!

TIRSO. ¡Hola, hombre!

LAURA. Felices tardes. *Se pone a recoger su costura, haciéndose la desentendida.*

HONORITO. Felices.

TIRSO. ¡Llegas como al reclamo, chico! Hablábamos de ti.

LAURA. ¡Pero don Tirso!... ¿Va usted a abochornarme? Honorito, no le haga usted caso.

Se retira, coqueteando, por la puerta del foro, hacia la derecha. Se lleva la labor.

TIRSO. ¡Chico, cómo te envidio!

HONORITO. ¿A mí?

TIRSO. ¡La criatura es para un príncipe loco!

HONORITO. ¡Qué célebre!

Tirso. ¡Y la traes de cabeza!

Honorito. ¿Tú crees?

Tirso. ¡De cabeza! ¡Ay, si yo estuviera en tu pellejo!...

Honorito. Calla, hombre, calla. ¡Para un príncipe loco, dice!...

Tirso. Mira: en el último viaje que yo hice a Méjico, iba en el barco un principito japonés, y llevaba una amiga por el estilo de ésta. Me la recuerda mucho. En serio.

Honorito. ¡Ah, no; si como guapa!... Y voy a serte franco. ¡Me está sucediendo con Laurita una cosa que no me ha sucedido con ninguna mujer! ¡Sueño con ella! Y a veces pienso: «Me voy a encontrar a Laurita.» Y me la encuentro, ¿sabes? ¡Y ahora tomo más el tranvía, por ver si va ella! ¡O por ver si sube! En fin, cosas raras. Porque lo de mi novia ¡es tan distinto!... Bueno, ¿a qué he venido yo?

Tirso. A ver a Laurita.

Honorito. No, hombre; no seas majadero. Ya sé, ya sé. Salía yo de hablar con Aurelia a tiempo que entraban doña Mínima y mi padrino. ¿Ha estado aquí?

Tirso. ¡Naturalmente!

Honorito. ¿Por qué, naturalmente?

Tirso. ¡Porque tiene la mosca en la oreja, simple! ¡Porque teme que te derrita la modistilla!

Honorito. ¡Vamos! Mi tío es idiota. ¡Qué gracia me hizo ayer tu pregunta de si se da la ducha con botines! ¡Ja, ja, ja!

Se presenta Laura por la puerta del foro, dispuesta ya para la calle.

Tirso. ¿Por fin se va usted al bautizo?

Laura. Sí; a ver si llego... Lo malo es que... *Va al balcón y levanta un visillo para mirar si llueve.*

¡Lo que yo me temía! Lloviendo ahora. ¡Vaya un tiempo antipático!

HONORITO. Mejor es que llueva, porque así calma el aire.

LAURA. Sí; pero yo no he traído paraguas.

HONORITO. *Azoradísimo.* ¿No... no... no ha traído usted paraguas?

LAURA. No, señor.

HONORITO. Yo... yo puedo ofrecerle a usted este mío.

LAURA. Muchas gracias; pero ¿y usted?

HONORITO. Yo... yo me mojo.

LAURA. ¡Eso es: y me riñen a mí!

HONORITO. ¿Qué hacer, entonces?

TIRSO. ¡Se le ocurre a cualquiera, señor! ¡Estás hecho un seminarista! ¡Mira que el conflicto! ¡Sal con ella y acompáñala hasta el primer tranvía o hasta el primer coche!

HONORITO. ¡Pues es verdad! ¡Este hombre todo lo resuelve en seguida! Falta que ella quiera, sin embargo.

LAURA. ¿Por qué no?

HONORITO. ¿Usted me permite que la acompañe?

LAURA. ¿Por qué no? No siento más que la molestia...

HONORITO. ¡Ninguna! ¡Yo lo hago encantado!

LAURA. Gracias. Es usted muy amable. Pues, verá usted; entonces... preferible es que salga usted primero, y que me espere al volver la esquina, para no salir juntos; porque si nos ve salir juntos la portera...

HONORITO. Sí, sí; bien pensado. Tiene usted razón. Si nos ve juntos la portera... Tiene usted razón. Pues hasta ahora mismito. En la esquina estoy; en el primer portal.

LAURA. Allá iré yo en seguida.

TIRSO. ¡Déjale el paraguas a ella! De aquí a la es-

quina, si ha de mojarse alguien, lo galante es que te mojes tú.

Honorito. También es verdad. ¡Qué punto es éste! Tenga usted el paraguas. Hasta ahora.

Laura. Hasta ahora.

Tirso. Anda con Dios, hombre; anda con Dios. ¡Quién tuviera tus años!

Honorito. ¡Qué célebre! *Se va por la puerta de la izquierda, aturdido.*

Tirso. Ahí lo tiene usted; yo no lo invento: ¡no da pie con bola!

Laura. ¡Vaya, don Tirso, vaya!

Tirso. Pero ¿es mentira?

Laura. Me hará usted pensar en lo que no he pensado nunca.

Tirso. ¿De veras? ¿Nunca?

Laura. ¡Pero qué tremendo es usted! Hasta mañana si Dios quiere.

Tirso. ¡Sí querrá! Hasta mañana.

Laura. Adiós.

Tirso. ¡Mis afectos a su papaíto!

Laura. De su parte. *Vase por la puerta de la izquierda, humedeciéndose los labios.*

Tirso. ¡Esto marcha, Tirso; esto marcha! ¡Cuando yo no busco a Dios, Dios me busca a mí! ¡Entre los dos no vamos a dejar en esta casa títere con cabeza!

Sale Florencia en traje de calle por la puerta del foro. Viene de la derecha.

Florencia. Pero ¿qué gritas, hombre? ¡Y estás solo! ¡Creí que discutías con una docena de personas!

Tirso. ¡Y quizás no te engañes! Tú no las ves, pero andan por aquí. ¡Estoy contento! — como dice mi hermano Roque cuando hace alguna de las suyas.—¡Estoy contento!

FLORENCIA. ¡No lo puedes negar!

TIRSO. Y es sencillamente porque estoy bueno del cuerpo y del alma. El cuerpo no lo siento... y el alma sí. ¡Salud completa!

FLORENCIA. Me da gusto verte siempre optimista.

TIRSO. ¡Oh! Es que el fondo del optimismo, parienta mía, no es otra cosa que la confianza en una justicia superior.

FLORENCIA. ¿Y tú la tienes?

TIRSO. ¡Absoluta! ¡Ciega! ¡La has de ver brillar como un lucero sobre la cabeza de don Albino I, el Razonable!

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja!

Inopinadamente llega por la puerta de la izquierda Aurelia, un tanto temerosa.

TIRSO. ¡Aurelia!

FLORENCIA. ¡Aurelia!

AURELIA. ¡Chist!

TIRSO. ¿Tú aquí?

FLORENCIA. ¿Qué milagro es éste?

TIRSO. ¿Te ha levantado ya tu señor padre la prohibición terrible de venir a esta casa?

AURELIA. ¡Ni por pienso!

FLORENCIA. ¡Entonces!...

TIRSO. ¡Anatema! ¡Te vas a condenar, criatura!

AURELIA. Es que se ha encerrado en su despacho con don Albino y la tía Mínima, y yo he aprovechado la coyuntura para venir a verle a usted.

TIRSO. ¡Dios te lo pagará, chiquilla! ¡Abrázate a mí, como un rosal a un roble viejo!

AURELIA. *Abrazándolo cariñosamente.* ¡Ja, ja, ja!

FLORENCIA. Bueno, va a caer un bólido, va a salir una estrella de rabo, va a haber temblor de tierra... ¡Algo extraordinario se avecina! ¡Santísima Virgen! ¡Aurelia desobedeciendo a su padre!

AURELIA. *Tímidamente.* Es que en esto, Florencia... en esto no ha tenido razón.

TIRSO. ¡Ni la ha tenido nunca en nada, qué jinojo!

FLORENCIA. No grites, hombre.

TIRSO. ¡La razón y mi hermano Roque son dos paralelas!

AURELIA. Vamos, tío Tirso, no vaya usted a hacer que me arrepienta de esta escapadilla.

TIRSO. ¡Qué has de arrepentirte, infeliz! ¡Cada día menos! ¡Mi contacto te salvará!

AURELIA. Vamos, vamos... *A Florencia.* ¿Y tú vas a la calle?

FLORENCIA. Sí. A ver a Anita.

AURELIA. Ah; a ver a Anita.

TIRSO. ¡Quiá! Ahora es ella la hipócrita.

AURELIA. Yo jamás lo he sido.

TIRSO. ¿Jamás? Dices bien; pero te han obligado a parecerlo. Secuestraron tu alma, y se te durmió en la prisión... Tu alma no parece lo que es.

AURELIA. Quizás... Es posible, tío Tirso... Porque yo, algunas veces, he creído como sentir o querer sentir cosas contrarias a lo que veía a mi alrededor... a lo que se me imponía como bueno y como indiscutible.

TIRSO. No me lo jures. Tu vida está llena de silencios tristes, Aurelia.

AURELIA. Más de un día, escuchándolo a usted en casa, he pensado en esto.

TIRSO. ¡Y lo que te rondaré, morena! Lo he observado, sobrinita; lo he observado. ¡No ha de ser vuestro don Albino el que lo observe todo aquí!

AURELIA. ¿Y tú de veras vas a ver a tu hija?

FLORENCIA. Sí.

TIRSO. ¡No!

FLORENCIA. ¡Pues no! Te diré la verdad,

TIRSO. ¡Conspiramos! Como don Albino y tu padre.

AURELIA. ¿Conspiran ustedes?

FLORENCIA. Conspiramos.

TIRSO. ¡Esta era una viudita cargada de pólvora, y afortunadamente he venido yo al lado suyo a servir de mecha!

FLORENCIA. ¡Tirso, por Dios! ¡Qué manera de decir las cosas!

TIRSO. ¡Metáforas!

FLORENCIA. ¡Ya lo sé! ¡Pero qué metáforas! Sí, Aurelia, sí: como penitencia, ya basta; como sumisión, ya creo que es excesiva. He resuelto no seguir viviendo aquí. ¡Bendigo el domingo de Carnaval en que llegó este hombre!

TIRSO. ¿Te enteras? Bendice mi llegada.

AURELIA. *Ansiosa.* Deje usted a Florencia explicarme...

FLORENCIA. ¿Lo necesitas? ¿En ti misma no hallas la explicación? Tirso te ha dicho que tu vida está llena de silencios. La mía también... Pero tus silencios y los míos entre sí se escuchaban. La resignación era mutua, y la protesta íntima muy semejante. ¿Es verdad?

AURELIA. Habla tú; sigue hablando.

FLORENCIA. ¿Qué más? Este hombre me ha dado el valor que a mí me faltaba, haciéndome ver la realidad. Su voz ha conseguido en mí lo que ninguna. Después de todo, era natural que así fuera. Al oírlo, mi alma ha roto las nieblas, se ha asomado al cielo y ha respirado un aire distinto... He visto también clara toda la responsabilidad de mi vida quieta; he pensado en mi hija, que será muy pronto una mujer, como tú y como yo, y me rebelo ante la idea de que su vida pueda ser igual a la tuya o la mía, si la dejo encadenada a esta casa. ¡No, no!

AURELIA. Te escucho temblando, Florencia.

FLORENCIA. Temblando te hablo yo a ti tambiéu, ya que es tu padre a quien más acuso sin nombrarlo.

AURELIA. ¡Mi padre!

FLORENCIA. Tu padre, Aurelia. Perdóname, pero es la verdad. Por condición, por experiencia fría, porque tiene de la vida un mezquino concepto, por lo que sea, quiere reducirla a la seguridad material, y sólo se preocupa de ella. Su codicia, su corto horizonte, son capaces de ahogar a todas las almas que vivan a su lado.

TIRSO. ¡Así es la verdad!

FLORENCIA. De mí no le importa sino el dinero que él cuidó que cayera en sus redes: que yo viva o muera, ¿qué más da? ¡Sobre todo que no venga el hombre que pueda arrebatarle con mi mano lo que él baraja! Tú recuerdas que a los tres años de quedarme viuda no faltó quien me hablara segunda vez de amor. Bien sabe Dios que mi corazón no estaba entonces inclinado a aceptarlo; pero ¡de qué modo se le recibió en esta casa! ¿Lo recuerdas?

AURELIA. Sí.

FLORENCIA. ¡Qué cosas escuché! Pero ¿cómo puedo maravillarme de que mi felicidad le sea indiferente, si no vacila frente a lo dudoso de la tuya?

AURELIA. ¡No; eso, no! Mi padre me quiere; me quiere mucho. Mi padre cree sinceramente que seré dichosa.

FLORENCIA. ¿Y tú, lo crees? *Aurelia no le contesta y baja los ojos.* Otro silencio, más triste que ninguno. Tú te resignas, ya lo veo; por cariño; por la memoria de tu madre; por miedo; por respeto; porque careces de arranque moral para la rebeldía, como yo hasta ahora; y más que por nada, y esto es lo doloroso, porque ahora no puedes ni entrever siquiera lo

que và a ser tu vida; ni sabes tampoco lo que tu vida vale, cuando la das así. Y todo ello, ¿con qué fin, Dios mío? ¡Con el de que vengan a esta casa los dineros del tío, del sobrino y de los padres juntos! ¡Oh! Parece imposible.

AURELIA. Calla, Florencia, calla.

TIRSO. Déjala seguir, si algo más tiene que decirte; que te está salvando.

AURELIA. ¿Usted también?

TIRSO. ¿Cómo yo también? ¡Yo, el primero! ¿Es que ella te hubiera dicho todas estas cosas si no vengo yo con aquellas desaforadas narices que a ti te hicieron tanta gracia? ¡Jinojo! ¡No podía yo presumirlo a tiempo que llegaba, sobrina! Oye a Florencia; óyeme a mí. Vuela una noche, aleja tu espíritu de esta casa, y júzgate. Y luego medita el paso a que te llevan... y piensa en el camino hasta el fin. ¡No hay razón ninguna que te obligue a tal sacrificio!

AURELIA. ¿Ninguna?

TIRSO. ¡Ninguna! Busca a Dios en tu alma, y verás cómo no lo encuentras en las horas vacías de la inacción, del cálculo egoísta, de la riqueza estéril; sino en las horas de noble ambición y de ensueño, de cariño fecundo, de amor logrado y merecido, de bondad y de fe. Búscalo, búscalo... *Breve silencio. Las dos mujeres le oyen impresionadas.* La jornada, no olvides esto, por corta que se nos antoje, es larga y penosa, y la prolonga angustiosamente la desventura. Necesitamos oír sin tregua, en la fatiga del camino, como una música increada, marcha o himno que nos anime a andar... ¡Mísero del mundo el día en que sólo acompañe a los hombres en su viaje el tintineo del oro!

AURELIA. Eso no puede ser.

TIRSO. Pues ese derrotero lleva el mundo, Aurelia. Es trágico para los idealistas; pero es así. Jamás

padeció la vida de los hombres fiebre más alta de bárbaro materialismo que la que alcanza ahora. Hoy sólo se construyen firmes y sólidos, desafiando los tiempos, los edificios mercantiles. Hasta las iglesias se hacen frágiles y raquíticas. Tente mientras cobro. ¡Se conoce que en lo porvenir se rezará en los Bancos!... Pero tú... tú tienes alma y debes sentir de otro modo. ¿Me entiendes? Sí me entiendes. Lo que se siente bien, se entiende bien.

FLORENCIA. *Yendo a Aurelia.* ¿Estás llorando, Aurelia?

AURELIA. Sí.

TIRSO. Llora, llora: es tu alma, que vive. *A Florencia.* ¡Ni a soñar ni a llorar se atrevía!

Pausa breve.

AURELIA. *De improviso, asustada.* ¿Eh? ¡Dios mío! ¡Mi padre!

FLORENCIA. ¿Tu padre?

AURELIA. ¡Sí! ¡De seguro! ¡Ahí está!

TIRSO. Pues no temas nada.

FLORENCIA. Mejor es que te vayas adentro. Vete a mi alcoba.

TIRSO. ¡No!

AURELIA. ¡Sí! *Obedece la indicación de Florencia llena de miedo, y se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

FLORENCIA. *A Tirso, con perfecta naturalidad.* ¿Quieres algo para la calle?

TIRSO. Nada, parienta encantadora.

Aparece violentamente don Roque por la puerta de la izquierda. Está más amarillo que el mes pasado. Es la bilis. Tendrá que utilizar, sin remedio, la receta de su escribiente.

DON ROQUE. ¿No está aquí mi hija?

FLORENCIA. ¿Aurelia?

TIRSO. Pero ¿no es verdad que le has prohi-

bido venir aquí, porque mi aliento es corrosivo?

Don Roque. ¡Bah! Como no está en casa...

Florencia. ¿Sabe usted? Quizás haya subido al tercero, a ver a la chica de Laborda. No sé qué tenían que contarse. ¿Quiere usted que mande a Remigia...?

Don Roque. Sí, mándala. Que le diga que la llamo yo; que baje al instante.

Florencia. ¿Eso sólo, tío Roque?

Don Roque. Eso sólo. *Mira con algún recelo a los dos y se marcha por donde vino.*

Florencia. *Después de cerciorarse de que salió de la casa don Roque.* Se la tragó.

Tirso. ¡El trabajo que me cuesta a mí oír un embuste y no echarlo por tierra!

Florencia. A veces son imprescindibles, tío Tirso.

Tirso. No lo discuto. Para vosotras, las mujeres, desde luego. ¡Y con qué habilidad le has dicho a Roque que está en el tercero su hija, porque sabes tú que él no sube al tercero! ¡Ay, madre Eva! ¡Buena semilla echaste tú también!

Florencia. En fin, yo me voy. Entera a Aurelia de mi mentirilla y que corra a su casa.

Tirso. No irá tan aprisa como desea mi hermano.

Florencia. ¡Prudencia, por Dios!

Tirso. ¡Prudencia a Febrerillo! Vete tranquila por tu parte.

Florencia. ¡Pues adiós, aliado! *Le da la mano.* ¡No sabes todo el bien que te debo!

Tirso. Creo que sí.

Florencia. Si salvas a Aurelia como a mí, entre San Pablo y Santa Ana va a haber que poner a Febrerillo el loco.

Tirso. Enfrente, más bien.

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja! Hasta luego. *Vase a la calle.*

TIRSO. Hasta luego. ¡Está fragante la viudita!... No le hago el amor, porque se teñiría mi acción de un matiz interesado que me repugna. *Llégase a la puerta del foro y grita:* ¡Aurelia! *Recordando que no debe gritar.* ¡Jinojo! ¡Qué indiscreto! ¡Qué torpe! *En voz más baja.* ¡Aurelia! ¡Aurelia! ¡Vía libre! ¡Por poco me oye Roque desde su casa! ¡Y es que no sé fingir!

Vuelve Aurelia.

AURELIA. ¿Se fué papá? ¿Qué ha dicho?

TIRSO. Nada absolutamente, chiquilla. No tiembles.

AURELIA. No puedo remediarlo, tío Tirso. ¿Y Florencia?

TIRSO. Se marchó también. Le ha dicho a tu padre que tú estarías probablemente con una amiguita del tercero; que mandaría a Remigia por ti.

AURELIA. Entonces voy ya a casa.

TIRSO. Serénate un poco primero. No conozca tu padre la verdad y nos excomulgue.

AURELIA. Sí; bien. Me esperaré un poquito. ¿Adónde iba Florencia, se lo ha dicho a usted?

TIRSO. A buscar casa para ella y su hija.

AURELIA. *Emocionada.* ¡Se va de aquí!

TIRSO. Se va de aquí. Y a propósito de Florencia: ¿qué amor es ese a que aludió en la conversación que antes tuvimos?

AURELIA. *Preocupada.* No sé...

TIRSO. Sí sabes; sino que ahora mismo estás en otra cosa. Habló como de un pretendiente a quien aquí recibieron con metralla.

AURELIA. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Un señor Martínez Bellido, no sé qué de ferrocarriles...

TIRSO. ¿Vive ese señor en el barrio de Salamanca?

AURELIA. Creo que sí. ¿Por qué?

TIRSO. Porque da la casualidad de que Florencia busca su pisito por el barrio de Salamanca. Allá por las alturas del Hipódromo... Aquellos aires le convienen mucho a su hija.

AURELIA. *Sonriéndose.* ¡Qué mal pensado! Y ya me voy.

TIRSO. No me dejes solo, muchacha. Escúchame.

AURELIA. ¡Tío Tirso!...

TIRSO. Un segundo no más. Dime: ¿fué feliz Florencia en su matrimónio con tu primo? La verdad.

AURELIA. No, señor; no lo fué.

TIRSO. Ella dice que sí.

AURELIA. Porque es muy buena y lo disculpa...

TIRSO. Esa era mi sospecha. Y ya ves cómo se delataba hace poco al hablarte a ti.

AURELIA. Juan era silencioso, huraño... muy frío...

TIRSO. Por mis impresiones, debió de ser uno de estos maridos que equivocan la idea del matrimonio; de estos cuyas mujeres viven con ellos, pero no en ellos... ¿Me engaño, sobrina?

AURELIA. Yo de eso nada sé.

TIRSO. ¡Pobre Florencia! Ciertamente, es cosa muy triste

«la soledad de dos en compañía.»

¡Un día, y otro, y otro... unidos, sin estarlo; hablándose, pero sin oírse... y así... hasta la muerte! Y como único remedio posible, el divorcio, amarga medicina, solución que no alcanza a serlo: algo así como una herida mal curada. Es muy triste; muy triste. ¡Pobre Aurelia! Digo, ¡pobre Florencia!

Silencio. Llega oportunamente Guzmán Araujo. Desde la puerta de la izquierda pregunta:

GUZMÁN. ¿Se puede pasar?

TIRSO. ¡Hombre! ¡Ya lo creo!

AURELIA. ¡Araujo!

GUZMÁN. ¿Interrumpo a ustedes?

TIRSO. ¡No, señor!

GUZMÁN. ¿Y doña Mínima?

TIRSO. En casa de mi hermano.

GUZMÁN. ¿Y Florencia, mi enferma?

TIRSO. Está mejor.

GUZMÁN. ¿Ha salido?

TIRSO. Hace dos minutos. Y usted la ha visto en la escalera, y ella le ha dicho a usted que si andaba de prisa encontraría a quí a Aurelia... y por eso ha venido usted.

AURELIA. ¡Tío!

GUZMÁN. *Turbado.* Desconcierta usted a la estatua de don Álvaro de Bazán, que es de bronce.

TIRSO. ¡Amigo mío, es que llevo un rato aguantando embustes, y ya no puedo más! Pero celebro que haya usted venido, porque hace días que necesito consultar a un médico, y quiero hablarle. En mi celda estoy.

GUZMÁN. Voy allá en seguida.

TIRSO. ¡Tampoco es puñalada de pícaro!

Vase hacia la izquierda por la puerta del foro. Aurelia y Guzmán se miran confusos, inquietos, palpitante el ánimo. Ella no se determina a quedarse ni a irse; él no acierta a hablar y quiere hablar.

AURELIA. Vaya usted... vaya usted...

GUZMÁN. Ahora... Un instante...

AURELIA. No puedo... Mi padre me espera...

GUZMÁN. Un instante... Ha oído usted que he entrado aquí porque sabía que usted estaba.

AURELIA. Eso ha sido una broma del tío Tirso.

GUZMÁN. Esa es la verdad.

AURELIA. Entonces... debo irme.

GUZMÁN. Tal vez... Pero yo debo suplicarle a usted lo contrario.

AURELIA. ¡Guzmán!

GUZMÁN. Un instante... Olvide usted en este instante lo que las circunstancias le pintan como su deber, y óigame.

AURELIA. Ahora no me es posible.

GUZMÁN. Temo que, si no es ahora, ya no pueda ser nunca.

AURELIA. ¿Eh? ¿Si no es ahora, nunca?

GUZMÁN. Así lo temo. Y es indispensable que usted me oiga.

AURELIA. Pero ¿qué me tiene usted que decir, Guzmán?

GUZMÁN. Lo que acaso usted haya leído en mis ojos... y en mis silencios en presencia de usted...

AURELIA. ¡En sus silencios!...

GUZMÁN. Lo que no me hubiera atrevido a decirle sin la providencial intervención de ese hombre. Por él he sabido con certeza algo que sin duda yo adivinaba.

AURELIA. ¿Qué ha sabido usted? ¿Qué le ha dicho ese loco?

GUZMÁN. Que no es usted dichosa.

AURELIA. ¿Y quién es capaz de juzgar de la dicha de nadie?

GUZMÁN. De la desdicha, acaso sea difícil; pero la dicha despide una luz que vemos todos.

AURELIA. Bien, Guzmán... yo no puedo escuchar nada de esto...

GUZMÁN. ¿Y quedará usted ya tranquila sin escucharlo?

AURELIA. *Consternada.* ¡Dios mío! .. ¿Dónde estás?...

GUZMÁN. En la sinceridad del alma.

AURELIA. *Con resolución, tras unos momentos de íntima y angustiosa lucha.* ¡Hable usted! ¡Quiero oírle!

GUZMÁN. ¡Ah!... ¡Gracias! Sinceridad por sinceridad. ¿No ha advertido usted desde que la conozco mi profunda simpatía hacia su persona?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. ¿Y no ha pensado usted que de esa simpatía había de nacer otro sentimiento mayor y más profundo?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. ¿Y no ha cerrado usted los ojos para no ver una cosa ni otra, porque ya no era usted del todo libre?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. ¿Y lamentó usted alguna vez, a solas, en la penosa abstracción de su espíritu preso, que no nos hubiéramos conocido antes?... *Aurelia inclina la cabeza y calla.* Yo, sí. Y usted, también. No le pido a usted el esfuerzo ni la violencia de decírmelo. ¿Qué lenguaje hay más elocuente que ese rubor de usted, al que yo le debo tantas revelaciones? Es inútil que usted calle, Aurelia: habla él con palabras de rosa.

AURELIA. *Sin voz apenas.* ¡Guzmán!...

GUZMÁN. Y así hemos vivido más de un año, escondiendo y disimulando nuestro amor... *Aurelia lo mira.* Nuestro amor, sí. Y nos alejábamos en lugar de unirnos, y este amor hubiera muerto sin revelarse a no llegar a esta casa Febrerillo el loco. Intimé con él: le quise en un segundo. Me comunicó el ardor activo de su alma generosa. Hablamos de usted; le oyó el corazón, sediento de oírle, y fueron sus palabras leña al fuego. Yo no podía ya vivir en paz sin llegar a este instante. Lo esperé y lo busqué todos los días, y lo he hallado al fin. ¡Ya descanso, Aurelia; ya descanso! Pase lo que pase, ya no tendré que arrepentirme de timidez o de cobardía. ¡Ya descanso! Por mí no queda.

AURELIA. *Entre lágrimas.* ¡Basta, Guzmán, basta;

que estoy sufriendo el tormento de los tormentos! ¡Mi alma se desquicia y se rompe! ¡Quise oírle a usted, pero nunca creí que había de oírle tanto!... ¡Separémonos!... No puedo hablar ahora... no quiero tampoco... ¡no sé! ¡Separémonos!... *Con espanto súbito.* ¿Quién viene?

GUZMÁN. Doña Mínima.

AURELIA. *Sollozando.* ¡Ay! ¡Creí que era mi padre! *Siéntase, abatida.*

GUZMÁN. Pues es esta buena señora. Cálmese usted.

Vuelve por la puerta de la izquierda doña Mínima, que, al ver lo que ve, se hace cruces.

DOÑA MÍNIMA. ¡Santa Bárbara bendita!

GUZMÁN. ¿Truena, doña Mínima?

DOÑA MÍNIMA. ¡Caen rayos! ¡Usted verá si truena!

AURELIA. ¿Qué pasa?

DOÑA MÍNIMA. ¿Te parece poco? ¡Tú aquí, contra la voluntad de tu padre; tu padre, furioso, porque cree que te entretienen arriba; Florencia, en la calle, bastante levantada de cascos; tu novio, contestándole de mala manera a su padrino; Febrerillo, diciendo y haciendo despropósitos desde que se levanta!... ¿Qué Babel es ésta? ¡No hay duda, no hay duda! ¡Está de moda la revolución!

GUZMÁN. Está, está de moda. ¡Quiera Dios que no nos trastorne inútilmente!

DOÑA MÍNIMA. *A Aurelia.* ¡Tu padre!... Bueno, hay que oírlo. ¡Bonito te lo vas a encontrar! ¡Echa venablos! Entre Tirso y él habrá una muy gorda antes que se vaya ese demonio. Y el gran don Albino, creyendo que todo lo arregla, porque *él ha observado* que, por mucho que llueva, siempre escampa. ¡Claro, Señor! ¡Si no, sería el diluvio! Y yo, en medio de este torbellino, teniendo que tragármelas todas; sin despegar mis labios. ¡Estallo el mejor día!

Guzmán. Bien, señora; voy a ver a su cuñado de usted, que quiere consultarme...

Doña Mínima. ¿También está nervioso?

Guzmán. ¿Y quién no?

Doña Mínima. Pues ya puede usted darse prisa, porque... porque... ¡Calla, Mínima, calla, que es tu sino!

Guzmán. Adiós, Aurelia. *Le tiende una mano, que ella le estrecha conmovida. Doña Mínima observa el cuadro con asombro.*

Aurelia. Adiós, Guzmán.

Guzmán. ¿Pensará usted en lo que me ha oído?

Aurelia. ¿Podré ya pensar en otra cosa?

Guzmán. Adiós.

Aurelia. Adiós.

Doña Mínima. *Comprendiendo.* ¡Ánimas benditas! ¿Y me preguntaba usted si tronaba? Lo dicho, lo dicho: ¡la revolución, la revolución!

Guzmán. ¡Está de moda! *Márchase hacia la izquierda por la puerta del foro mirando a Aurelia, que lo mira a su vez.*

Doña Mínima. *Después de un gesto indescriptible.* Pero, muchacha, ¿es esto un sueño?

Aurelia. ¡No!

Doña Mínima. ¿Tú estás en tu juicio?

Aurelia. ¡Ahora, sí!

Doña Mínima. ¿Ahora, sí?

Aurelia. ¡Sí! ¡Ahora, sí! *Acercándosele animosa, sobreexcitada, y hablando con vehemencia y calor entre lágrimas de una alegría por ella ignorada hasta entonces.* ¡Yo no me conozco; yo no sé quién soy; yo no soy la que era; yo, desde hace unos instantes, soy otra! ¡Siento en mi alma una nueva luz, y por mis venas corre sangre distinta! ¡Veo ante mí cosas que no he visto jamás! ¡Ahora río y lloro sin que nada lo impida ni lo detenga! ¡Si soy la misma, he reco-

brado un nuevo ser; si mi alma era la que ahora siento en mí, estaba muerta, y ha resucitado!

DOÑA MÍNIMA. *Conmovida.* ¡Niña! ¡Aurelia! ¿Qué es eso?

AURELIA. ¿Qué ha ser, señora? ¡El espanto de una vida absurda, de una penosa esclavitud, que veo que se va para siempre, como una nube negra!

DOÑA MÍNIMA. *Oyéndola con íntimo gozo, no obstante su gran turbación.* ¿Para siempre?

AURELIA. ¡Para siempre, sí! ¡Yo tengo ya valor para todo! ¿No le digo a usted que soy otra? ¿Por qué razón ni por qué ley he de ligarme eternamente a quien no quiero? ¿Por qué he de unirme a un hombre incapaz de quererme a mí? ¿Por qué se resignaba mi alma a este sacrificio de su vida? ¿Qué veneno me hacían respirar? ¡Ya te encontré, Dios mío! ¡Esto acabó; esto se acabó! ¡No seré, no seré de ese hombre! ¡Tirso dice bien: las almas quietas son como las aguas pantanosas! ¡Ay! ¡Pero ya mi alma halló su cauce y corre libre! ¡Ya te encontré, Dios mío!

DOÑA MÍNIMA. ¡Tirso! ¡Tirso! ¡El nos ha traído esta convulsión! ¡O esta bendición, o lo que esto sea!

AURELIA. ¡Esta bendición!

DOÑA MÍNIMA. ¡Así quiere tu padre perderlo de vista! ¡No ve el momento en que deje mi casa!

AURELIA. ¡Ah, pues no se irá!

DOÑA MÍNIMA. ¿Cómo que no se irá?

AURELIA. ¡No se irá!

DOÑA MÍNIMA. No delires, Aurelia. Tú serás ya otra, pero tu padre no ha cambiado: sigue siendo el mismo. Y acaba de encargarme a mí que le diga a Tirso que, sin apelación, líe sus bártulos y se vaya con viento fresco.

AURELIA. ¿Eso quiere mi padre?

DOÑA MÍNIMA. ¡Eso ordena! Es un atropello, una

infamia, una picardía; pero donde hay patrón, no manda marinero.

AURELIA. ¿Y usted cree que él se irá?

DOÑA MÍNIMA. No lo sé. Creo que sí; que se irá. ¡Pero será con bulla!

AURELIA. ¡Yo le rogaré que se quede!

DOÑA MÍNIMA. ¡Aurelia! ¡Contra lo que manda tu padre! Sí que eres otra, sí.

AURELIA. ¿Qué va a ser de mí si él nos deja?

DOÑA MÍNIMA. Pues ¿y el valor de que alardeabas?

AURELIA. ¡No me faltará, si es preciso!

De repente, por la puerta de la izquierda aparece Honorito, en la guisa de antes.

HONORITO. ¡Caracoles!

AURELIA. ¡Honorio!

DOÑA MÍNIMA. ¡Bueno va!

HONORITO. Todo lo esperaba yo menos verte aquí. ¿Te ha autorizado ya tu padre?...

AURELIA. *Con gravedad.* No.

HONORITO. ¿Y has venido?

AURELIA. Ya ves.

HONORITO. No me entra.

AURELIA. Necesité hablar con el tío Tirso, y vine.

HONORITO. Ah, con Tirso. ¡Qué célebre es! Yo también voy a verlo ahora, porque... *Deteniéndose en la pendiente.* Bueno, por nada. Oye, tú estás muy seira.

AURELIA. Lo estoy.

HONORITO. Y usted también, señora.

DOÑA MÍNIMA. También.

HONORITO. *Con la conciencia inquieta.* ¿Les han contado a ustedes algún *chismaco*?...

AURELIA. Nada de eso.

HONORITO. No; como la gente oye campanas...

AURELIA. Nada de eso. Honorio, dejaste una mujer y hallas otra distinta.

HONORITO. ¿Qué dices?

AURELIA. He tomado una firme resolución, que se refiere a ti y a mí. La tía Mínima te enterará de ella.

DOÑA MÍNIMA. ¿Yo?

AURELIA. Usted, que es muy buena y me quiere mucho.

DOÑA MÍNIMA. ¡Mucho! Pero ¿por qué he de ser yo la que dé hoy todas las noticias desagradables?

HONORITO. ¿Cómo? Pues ¿qué ocurre?

AURELIA. Ahora lo sabrás.

HONORITO. ¡Es que empiezo a alarmarme, Aurelia!

AURELIA. Si la tía Mínima no quiere decírtelo, ven a casa y lo sabrás por mí. Yo, primero, he de decírselo a mi padre.

HONORITO. Pero oye, oye; estás casi llorando... ¿Es cosa triste lo que pasa?

AURELIA. Cosa triste, lo que iba a pasar. Hasta luego. *Se va por la puerta de la izquierda.*

HONORITO. *Desconcertado.* Yo no entiendo jota. *A doña Mínima, confidencialmente.* Oiga usted, con franqueza: ¿es que ha venido alguien con el cuento de lo de la modista?

DOÑA MÍNIMA. ¿Eh? ¿Qué cuento es ése?

HONORITO. ¡Eso... un cuento! Nada, nada... Bromas de Febrerillo, que dice que Laurita me ha puesto los puntos.

DOÑA MÍNIMA. ¿Laurita?

HONORITO. Sí: la costurera.

DOÑA MÍNIMA. ¿Dice Febrerillo que te ha puesto los puntos?

HONORITO. ¡Eso dice él! Ya usted lo conoce.

DOÑA MÍNIMA. Pues ándate con ojo, no te ponga también las comas.

HONORITO. ¡Qué célebre!

DOÑA MÍNIMA. Muy célebre, sí. Toda la familia es muy célebre.

HONORITO. Y a la cuenta, Aurelia... Ya me dió a mí en la nariz que se trataba de eso. Está celosilla, ¿verdad?

DOÑA MÍNIMA. ¡No, hombre!

HONORITO. No, hombre. ¡Claro! Ella es mujer de muy buen sentido. ¿Qué meollo tenía que yo...? ¡Un individuo que se va a casar el mes que viene!

Los ojos de doña Mínima se nublan.

DOÑA MÍNIMA. ¿Tú crees que te vas a casar el mes que viene?

HONORITO. ¡Natural!

DOÑA MÍNIMA. ¿Natural?

HONORITO. ¡Natural! ¡Como no me coja un automóvil!... Qué bonitas luces tiene el brillante de la sortija, ¿verdad?

DOÑA MÍNIMA. Muy bonitas: pero las vas a lucir poco tiempo.

HONORITO. ¿Eh?

DOÑA MÍNIMA. Sí, hijo mío, sí; sorpresas de la vida. Nadie sabe por la mañana lo que le va a suceder por la noche. Ni aun entre nosotros, en esta familia, para quien todos los días venían siendo iguales.

HONORITO. Me está usted hablando en griego, doña Mínima.

DOÑA MÍNIMA. Pues oye en castellano, pichón: Aurelia ha ido a decirle al que iba a ser tu suegro que ha determinado no casarse contigo.

HONORITO. ¡Señora!

DOÑA MÍNIMA. ¿Lo entiendes?

HONORITO. ¡Entiendo las palabras... pero no lo entiendo!

DOÑA MÍNIMA. Pues así es.

HONORITO. Pero ¿qué venate le ha dado?... ¿A qué obedece? ¿Qué dice ella? ¡Vaya una campanada! No, no; voy ahora mismo a que me explique... ¡Quedaría yo en ridículo!... Voy allá, voy allá... ¡Digo! ¡y con las camas encargadas!... ¿A usted qué le ha dicho? Porque a usted ha tenido que decirle...

DOÑA MÍNIMA. A mí me ha dicho, en suma, que hasta ayer fué una, y desde hoy es otra.

HONORITO. ¡Qué célebre!

DOÑA MÍNIMA. Y yo deduzco que, como la que se iba a casar contigo era la de antes, y ya no existe, pues... te quedas con las camas encargadas... y sin novia.

HONORITO. ¡No! ¡no! ¡Eso hay que razonarlo! ¡Yo no soy un pelele!

DOÑA MÍNIMA. Mira, Honorito: no te canses. Ni le des más vueltas al asunto: Aurelia... no te quiere para marido.

HONORITO. ¡Señora! ¿No me quiere y se iba a casar? ¿Qué hechura tiene eso?

DOÑA MÍNIMA. Ninguna. Pero no te quiere... y se iba a casar.

HONORITO. ¡No me quiere! ¿Conque no me quiere? Le prevengo a usted que no es la primera vez que lo oigo. Tirso, que tiene mucho mundo, ya me lo había dicho también. Y hasta me ha dado algunas bromas de mal gusto.

DOÑA MÍNIMA. ¿Sí, eh?

HONORITO. Sí, señora... Aludiendo al día de mañana... ¿Usted comprende?... ¡Una cosa muy desagradable! Claro que a eso yo le respondía... ¡Anda con Dios!

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué?

HONORITO. ¡Mi padrino y don Roque! ¡Tableau!

DOÑA MÍNIMA. El Señor nos tenga de su mano.

Las primeras palabras las dicen dentro, y luego sa-

len por la puerta de la izquierda: don Roque, agitado, fuera de sí, más pálido que nunca y sin gorro; don Albino, rojo como la grana, medio congestionado por los disgustos y el esfuerzo mental consiguiente.

DON ALBINO. ¡Calma! ¡Calma, don Roque!

DON ROQUE. ¡No podré tenerla, don Albino!

DON ALBINO. ¡Calma! ¡Mucha calma!

HONORITO. *Maquinalmente.* ¡Calma! ¡Calma!

DON ALBINO. Ah, ¿estás tú aquí?

HONORITO. No; que estoy en la calle. ¡Qué pregunta!

DON ALBINO. ¡Calma!

DON ROQUE. Mínima: tú ¿le has hablado ya... a ése?

DOÑA MÍNIMA. Aún no. Ahora iba. Me he detenido con... este otro.

DON ROQUE. ¡Ah, Honorito! ¡Honorito! ¡Dame un abrazo!

HONORITO. Sí, señor.

Se abrazan.

DON ALBINO. *Contemplándolos.* Así, así.

DON ROQUE. ¡Las aguas volverán a su curso! ¡Yo te lo fío!

HONORITO. *Enternecido.* ¿Es verdad que no hay razón ninguna...? ¿Qué dice Aurelia?

DON ROQUE. Aurelia está loca. Mejor dicho: está enloquecida por la maldad. ¡Pero yo te respondo de que recobrará el juicio!

DON ALBINO. ¡No faltaría otra cosa! Es mi frase: por mucho que llueva, siempre escampa.

HONORITO. ¿Usted cree?

DON ROQUE. *A doña Mínima.* ¿Está ahí ése?

DOÑA MÍNIMA. Ahí está.

DON ROQUE ¿Solo?

DOÑA MÍNIMA. Solo. Porque había con él... otra persona, y ya la he sentido marcharse,

DON ROQUE. ¡Pues ten la bondad de decirle que venga, que voy a tirarlo por el balcón!

DOÑA MÍNIMA. Violencias no, Roque.

DON ROQUE. ¡Yo sé bien lo que tengo que hacer! ¿No estoy en mi casa, por ventura?

DOÑA MÍNIMA. Para eso, no. Estás en la mía. No lo olvides.

DON ROQUE. ¿Hola?

DOÑA MÍNIMA. ¡Hola!

DON ROQUE. Bien: que venga Tirso.

DOÑA MÍNIMA. Vendrá. ¡Y a ver si escampa, don Albino! *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

DON ROQUE. ¿Usted oye? ¿Se ha convencido usted? ¡Hasta mi cuñada se nos ha vuelto! ¡Ese bribón los ha ganado a todos!

DON ALBINO. Menos a usted y a mí, piedras angulares. Honorito, déjanos tú.

HONORITO. Yo voy a decirle a Aurelia cuatro cosas.

DON ALBINO. Nada de eso, Honorito; nada de eso. No agriemos la cuestión. No intervengas tú para nada.

HONORITO. ¿Cómo que no intervenga?

DON ALBINO. Como que no intervengas. Es lo prudente. Y lo delicado, además. Aurelia ha quedado presa de una crisis nerviosa muy aguda...

HONORITO. ¡Pobrecilla!

DON ALBINO. Que no te vea: lo discreto es que no te vea. Márchate a casa tranquilamente, y compra de paso la piperazina para la tía.

HONORITO. Pero ¡qué cosas tiene usted!

DON ALBINO. *Picado.* ¿Qué cosas tengo, niño?

HONORITO. ¿Usted cree que estoy yo ahora para irme tranquilamente a casa ni para comprar piperazina? ¿Usted cree que yo soy de celuloide? ¿No me ve

usted las orejas, señor? ¡Ya me voy yo cansando de que se me tome a mí por un *simpirili!* ¡Mi novia me quiere plantar en vísperas de boda, y me voy a ir a casa tranquilamente! ¡Qué ocurrencia! ¡Adonde me voy... ya lo sé yo! ¡Y mucho que lo sé! ¡Buenas tardes! ¡Qué célebre! *Márchase por la puerta de la izquierda de estampía, con la imagen de Laurita en la imaginación. ¡Va derecho al bautizo de Evangelina! No hay más que seguirlo para convencerse.*

Don Roque. ¿También Honorito?

Don Albino. *Aun no repuesto del sofión.* Pero ¿no se lo había yo dicho a usted? ¡Estamos anticuados, don Roque! ¡Qué arrogancia de criaturita! ¡Increíble! ¡O se desquicia el mundo... o me desquicio yo!

Don Roque. *Apretando puños y dientes.* ¡Le juro a usted... le juro a usted!...

Por la puerta del foro sale Tirso. Viene de la izquierda.

Tirso. ¿Qué hay, caballeros? ¿Otra vez por aquí los dos? ¿Qué se me quiere? ¡A juzgar por el temblor de Mínima, se creería que tratan ustedes de fusilarme!

Don Albino. Una cuestión previa, amigo mío: yo, con todo género de salvedades, me permito advertirle a usted que el asunto de que aquí hemos de hablar no tolera chanzas.

Tirso. Pero ustedes, sí. Y como todavía no hemos entrado en el asunto, porque yo no he hecho más que llegar...

Don Roque. ¡Tirso!

Tirso. ¡Roque! ¡Revienta ya, si quieres! ¿Qué paseos de fiera son ésos? ¿Qué ojos? ¿Qué rabia contenida? ¡Descarga toda la tormenta que me amenaza! ¡Acabemos!

Don Roque. ¡Acabemos, sí!

Tirso. Pues anda, empieza por donde te dé más

coraje. Siéntate. Siéntese usted, señor don Albino. Ah, ¿no se sientan? Yo, sí. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

DON ROQUE. ¡Que una vez más tengo que renegar de que lleves mi sangre!

TIRSO. ¡Oh! Yo, no. Lo que hago es lamentarlo. Pero lo quiso Dios, y por algo habrá sido. La historia de la humanidad está llena de luchas fratricidas.

DON ALBINO. Me hallo, por lo visto, entre Caín y Abel.

TIRSO. Casi, casi. Caín soy yo, desde luego. Pero no se alarme usted por Abel, don Albino, que no hay a mano ninguna quijada de burro.

DON ALBINO. *Tragando saliva.* Insisto en mi advertencia previa, respecto de las chanzas.

TIRSO. No, si lo he dicho en serio.

DON ROQUE. ¡En serio voy a hablarte yo! ¡Lo que has hecho en mi casa es infame, es inicuo, es traidor, es cobarde, es ruin!

TIRSO. ¿Es humano, entonces?

DON ALBINO. ¿Humano?

TIRSO. Según Roque. Las acciones humanas tienen para él todos esos rasgos característicos.

DON ROQUE. Esperaba la baladronada; no me sorprende. Vives de ellas.

TIRSO. ¿Y tú, de qué vives?

DON ALBINO. ¡Calma! ¡Calma!

DON ROQUE. No te importa de lo que viva yo. Vivo de mi esfuerzo, de mi trabajo, de mi previsión, de mi inteligencia, de mi dinero.

TIRSO. Y un poco del mío, ¿no? Acuérdate.

DON ROQUE. Del tuyo, no. Según tus teorías, el dinero que no se gana con el propio sudor no nos pertenece. De modo que aquel dinero a que aludes ahora no era tuyo.

TIRSO. Ni tuyo tampoco, ¡jinojo! Y, sin embargo, tú te aprovechas de él.

Don Roque. No divaguemos. Repito que no te importa a ti de lo que yo viva. ¡A mí me importa, en cambio, defender la paz de mi casa, la moralidad y el honrado sosiego de mi familia, y tú has venido a perturbarlos, a socavarlos, a destruírlos!

Don Albino. ¡A querer destruírlos!

Tirso. ¡Estás hablando de memoria, Roque! Yo no he venido aquí a nada de eso que en tu delirio me atribuyes. Yo tuve que volver a España, y vine a veros.

Don Roque. ¡En mal hora se te ocurrió!

Tirso. Aurelia piensa de otro modo.

Don Roque. ¡Aurelia es una cándida ¡mujer! ¡Y ese es tu crimen: haberla infernado, conociéndolo!

Tirso. ¡Poco a poco! ¡Si le llamas infernar a una mujer a sacudirle el alma para que despierte y no camine a ciegas, sí, la he infernado!

Don Roque. ¿Lo ves?

Tirso. Pero no olvides una cosa, majadero: que nada nuevo traje a su conciencia. Yo soy un demonio y ella un ángel, ¿verdad? ¡Pues ese ángel había ya vislumbrado cuanto este demonio ha querido que vea! ¡Todo estaba latente en el fondo de su corazón! ¡Y aceptaba su entristecido ánimo la resignación de una infelicidad perenne, amasada por ustedes dos, que, por las trazas, hasta del espíritu quieren hacer papel moneda!

Don Roque. ¡Bah!

Tirso. ¿Le agrada a usted más este lenguaje, don Albino?

Don Albino. No tengo nada que responderle: usted no me ofende ni me mortifica. Frente a usted me considero inmune.

Tirso. Como yo frente a usted. Estamos muy lejos el uno del otro para temer ningún contagio.

Don Albino. Precisamente. A veces, en una mis-

ma habitación hay entre dos seres miles de leguas de distancia..

TIRSO. ¡Las que iba a haber entre Aurelia y Honorio!

DON ALBINO. ¡Eso es lo que paladinamente rechazo: el supuesto de que entre el padre de Aurelia y yo amasábamos su desventura!

TIRSO. ¡Pues, señor mío, sólo ustedes dos podían no verla!

DON ALBINO. ¡Pues ni la veíamos ni la vemos!

TIRSO. ¡Pues o están ustedes ciegos o les conviene estarlo!

DON ROQUE. ¡Tirso!

DON ALBINO. Déjelo: no me ofende.

DON ROQUE. ¡Me ofende a mí!

TIRSO. ¡No te ofendo: te hiero en lo más vivo! ¡Con la verdad, te acuso! Tu ruindad es capaz de desfigurarlo todo en tu conciencia. Y usted, infatigable observador, ¿no ha observado nunca que la aspiración de todas las almas en la tierra es hallar sus iguales? ¿No ha observado usted que las de Aurelia y Honorio son de temple distinto, y ya nacieron divorciadas? ¿No ha observado usted que jamás habían de fundirse en un mismo anhelo? ¡Pues si solamente observa usted que el primer pitillo marea y que el bostezo es contagioso, dedíquese a otra cosa menos a observar en la vida!

DON ROQUE. ¡Basta, Tirso! De ningún modo estoy dispuesto a consentir lo que la irreprochable urbanidad de este gran amigo está consintiendo. ¡Basta!

TIRSO. ¡Pues basta! ¡Si yo no hubiera ni empezado, Roque! ¡Pero tú me has llamado aquí!

DON ROQUE. Efectivamente: te he llamado para hacerte saber, si lo habías olvidado, como parece, que en mi casa gobierno yo...

TIRSO. ¿En tu casa?

DON ROQUE. ¡Y en esta casa! Y como gobierno yo, te exijo que te vayas de ella.

TIRSO. ¿Nada más?

DON ROQUE. Nada más.

TIRSO. Si hubieras empezado por ahí, nos habríamos ahorrado palabras inútiles. Según eso, Roque, cuanto antes me vaya, mejor.

DON ROQUE. ¡Muchísimo mejor!

TIRSO. Entonces, para complacerte a pedir de boca, me voy ahora mismo.

DON ROQUE. ¿Ahora mismo? No serías capaz.

TIRSO. ¡Vas a verlo! ¡Si aquí ya no me queda nada que hacer, imbécil!

DON ROQUE. *Yendo a él.* ¿Imbécil?

DON ALBINO. *Interponiéndose.* ¡Calma! ¡Manténgase usted digno del momento! ¡Calma!

DON ROQUE. Gracias, don Albino...

DON ALBINO. Esto se terminó: retírense Caín y Abel. *A Tirso.* ¿Usted nos da su palabra de honor de que deja esta casa?

TIRSO. ¡Ahora mismo!

DON ALBINO. Oído esto, don Roque, váyase a la suya a serenar su ánimo, procurando olvidar este amargo trance.

DON ROQUE. Sí; acepto la idea. Como de usted, al fin. Adiós, Tirso.

TIRSO. Adiós, Roque. Adiós, don Albino.

DON ALBINO. Beso a usted la mano.

TIRSO. Febrerillo el loco va a desaparecer nuevamente. No lo verás más; lo darás por muerto otra vez: se lo tragó la tierra o se hundió en las aguas. Pero si algún día vuelve a aparecer, ten por seguro que no será en tan dichosa ocasión como ha sido ésta. No extrañes si la estela de mi paso es larga y profunda. Adiós.

DON ROQUE. Adiós.

TIRSO. ¡Asómate al balcón y me verás salir!

Se va por la puerta del foro, y don Roque por la de la izquierda. Don Albino, que cree que ha triunfado, saborea su triunfo.

DON ALBINO. Vencimos, vencimos. ¡Loado sea Dios! El embate era inevitable; pero vencimos.

Llega Florencia por la puerta de la izquierda, curiosa y alterada.

FLORENCIA. ¡Ah, don Albino! ¿Qué lleva el tío Roque, que va lívido y hablando solo?

DON ALBINO. Nada.

FLORENCIA. ¿Nada?

DON ALBINO. Nada ya. Resultas de un violento choque con su hermano; pero nada ya. Vencimos, Florencia. Venció el orden.

Doña Mínima viene por la puerta del foro, también alterada y curiosa.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué ha sucedido, don Albino?

DON ALBINO. Nada; eso estaba diciéndole a Florencia. Serénese usted. Venció el orden. Vencimos.

DOÑA MÍNIMA. ¡Ay, Señor!

DON ALBINO. Tembló la casa, sacudida por el terremoto; pero todo queda como estaba. El instantáneo movimiento no ha dejado huella, gracias a Dios. Esta es mi profecía, señoras: Aurelia recobrará la serenidad de su ánimo dulce; Honorio se hará cargo de lo ocurrido y se someterá de nuevo a mi obediencia. Se casarán cuando habíamos dispuesto, y serán dichosos. En cuanto a ese malaventurado agitador, no merece más comentario que aquellas palabras que a cierto valentón dedica Miguel de Cervantes:

Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése... y no hubo nada.

DOÑA MÍNIMA. ¿Nada, don Albino?

Don Albino. Nada, doña Mínima.

Florencia. Pero ¿se va?

Don Albino. Se va. Y yo también, ahora. Dejo a ustedes. Pero no muy lejos: aquí junto, donde presumo que hago alguna falta. Hasta luego, señoras.

Doña Mínima. Adiós, don Albino.

Florencia. Adiós.

Don Albino. Tranquilidad... normalidad... serenidad... Ya digo: «Fuése... y no hubo nada.»

Se marcha por la puerta de la izquierda, tan convencido por su parte.

Doña Mínima. *Así que desaparece don Albino.* ¡Que Dios te conserve la vista!

Florencia. Pero ¿me quiere usted decir, mamá...?

Doña Mínima le contestaría a Florencia si no viera en tal punto algo tan extraño que no lo ha visto nunca: a Remigia, que aparece por la puerta del foro, compungida y llorosa.

Doña Mínima. ¿Qué te ocurre, chiquilla?

Florencia. ¿Qué tienes tú?

Doña Mínima. ¡Sí que es nuevo verte esa cara! ¿Qué tienes?

Remigia. ¡Que don Tirso me acaba de dar cinco duros!

Florencia. ¿Y por eso te afliges?

Doña Mínima. ¿Serás tonta? ¡No, y si te da un sopapo vienes riéndote!

Remigia. ¡No lloro por los cinco duros, doña Mínima! ¡Lloro porque se va!

Doña Mínima. ¡Ah! ¡Porque se va!

Florencia. Pero ¿por qué se va?

Vuelve Tirso oportunamente a sacarlas de dudas. Trae al brazo la capa, y el sombrero en la mano. Remigia, sin dejar su aflicción, se retira por la puerta de la izquierda.

Tirso. ¡Me voy porque molesta mi persona y por-

que ya sembré! ¡Buena ha estado la sembradura!

Doña Mínima. ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Tirso. ¡No te apures, Mínima, que no se ha perdido el viaje! Luego mandaré por mis trastos: esta noche no duermo aquí, para que descansen a gusto don Albino y Roque. ¿Verdad, Florencia, que no se ha perdido el viaje?

Florencia. ¡No se ha perdido, no!

Doña Mínima. Pues ¿tú sabes lo que cree don Albino?

Tirso. ¿Qué cree ese grande hombre?

Doña Mínima. Que aquí no ha pasado nada, como suele decirse.

Tirso. ¡Nada! ¡No ha pasado nada! ¡He pasado yo! ¡Y es probable que esté ahora mismo riéndose de mí! Bueno, la risa de don Albino tiene eco: parece que cuando él se ríe de alguien, alguien se ríe de él más allá. Yo lo he observado.

Florencia. ¡Ja, ja, ja!

Doña Mínima. No, pues yo no me río; no puedo reírme. Han debido pasar las cosas de otra manera.

Tirso. Y ¿eso qué importa, Mínima, si el porvenir es halagüeño?

Doña Mínima. ¡Ojalá!

Tirso. No lo dudes. Yo soy zahorí. Escucha: ahora, ante todo, enferma Roque del berrenchín... y lo perturban los remordimientos. Deja hacer a Aurelia, y Aurelia, ¡claro! ¿a qué médico ha de llamar? ¡A Araujo! Y mientras los dos asisten al padre, se arraigan sus amores.

Doña Mínima. ¡Jesús!

Tirso. ¡Ya lo verás, ya lo veréis! Luego, Florencia se emancipa y da con un pisito precioso para vivir sola con su nena, libre del tirano común. Y el día menos pensado, se tropieza en la calle a aquel ingeniero de marras...

Florencia. Pero ¿quién te ha contado...?

Tirso. ¡Ya lo verás; ya lo veréis! Después, Honorito concluirá por caer en la redes de rosa de la costurera...

Doña Mínima. ¿Qué?

Florencia. ¿Qué?

Tirso. ¡Ya lo veréis! Entrará Calpini en escena, acechará el momento preciso, y ¡cátalos casados!

Doña Mínima. ¡Avemaría Purísima!

Florencia. ¡Tirso!

Tirso. ¡Ya lo veréis! ¡El dinero de don Albino en manos de todos los Calpinis va a llevar buen aire! ¡No se apolillará, de seguro! ¡Y entretanto, dondequiera que caiga Febrerillo el loco, seguirá sembrando sin rendirse! ¡A una cosecha sigue otra! ¡A una aspiración, otra nueva! ¡Siempre buscando a Dios! ¡Yo estoy seguro de que cuando Dios me conozca personalmente va a decirme: «Tú eres de los míos»!...

Florencia. Eres de lo que hay poco: esa es la verdad.

Doña Mínima. ¡No! ¡Y pasará todo como él lo ha dicho! ¡Pero de mí no has dicho nada! ¿Qué va a ocurrirme a mí?

Tirso. ¡Eso es lo más claro! ¡Que irás a diario a ver a Florencia y a su hija para hablar mal de Roque! ¡Pero sin chistar!

Doña Mínima. ¡Como si lo estuvieras viendo!

Tirso. *Reparando en Aurelia, que llega por la puerta de la izquierda ansiosa y desolada, y yendo a ella con los brazos abiertos.* ¡Aurelia!

Aurelia. ¡Tío Tirso! ¿Se va usted, verdad?

Tirso. Sí.

Aurelia. ¡Lo había adivinado! Pero ¡no se vaya de España; no se aleje mucho de nosotros! ¡Yo necesito sentirlo a usted cerca de mí... dándome valor; defendiéndome!

TIRSO. Ya queda aquí quien te defienda. Y el valor debes buscarlo en ti misma. Pero ¡no me alejaré por ahora, no! ¡Sabréis de mí todos! ¡Me sentiréis cerca!

Las tres mujeres se le agrupan, despidiéndolo con cariño.

DOÑA MÍNIMA. Tirsillo, serás loco; pero te haces querer.

FLORENCIA. Te haces querer. Yo no te he conocido hasta ahora, y me duele tu marcha. ¡Te debo mucho!

AURELIA. ¡Yo más que tú; yo más que nadie!

DOÑA MÍNIMA. ¡Bien decía el abuelo: «En el mundo hacen falta estos locos!»

AURELIA. ¡Hacen falta; hacen falta!

TIRSO. ¡No es que hagamos falta nosotros; es que sobra otra gente! ¡Son muchos contra pocos, jinojo! ¡Salud! *Márchase decidido.*

Doña Mínima se enjuga las lágrimas. Florencia abraza a Aurelia, la cual sigue con la mirada la marcha de Tirso, como si quisiera no dejar de verlo.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1919.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—Febrerillo el loco.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín. Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.
Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.
Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.
By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

2 PESETAS

